

## ENTREVISTA EXCLUSIVA

### NOTA DEL EDITOR

La siguiente entrevista fue realizada de un modo absolutamente inusual: desde su celda en la Prisión de Guardafronteras, en Jaimanitas, el escritor cubano Ángel Santiesteban envió las preguntas a su amigo, el escritor Amir Valle, desterrado desde el 2005 en Berlín, Alemania. Como Amir Valle confiesa en otra entrevista reciente, Ángel Santiesteban lo puso ante un reto: hablar de asuntos sobre su vida y su relación con la cultura en Cuba de los cuales había decidido no hablar.

La entrevista, por su extensión, fue publicada en tres partes en el blog "Los hijos que nadie quiso", de Ángel Santiesteban, gracias al trabajo de la editora y antropóloga argentina Elisa Tabakman.

\*\*\*\*\*

## AMIR VALLE

### EL ESCRITOR PRECOZ

Por Ángel Santiesteban Prats

La Habana, 6 de julio - Berlín, 9 de julio de 2015



**A**mir, estamos próximo a cumplir treinta años del comienzo de nuestra amistad, cuando por allá a mediados de los ochenta, en el Centro Alejo Carpentier en La Habana, impartieron aquel Seminario Nacional para Jóvenes Narradores, donde se reunió a casi toda la generación a la que luego bautizaron con el nombre de “Novísimos”. Yo hacía mis primeros intentos por escribir cuentos, cuando la mayoría de los invitados ya habían obtenido los primeros premios en los Talleres Literarios en sus provincias y a nivel nacional, por lo que me sentí inmerso en un universo lejano y desconocido, pues como recordarás recién había salido de prisión por no delatar a mi familia en su primer intento de abandonar el país clandestinamente. Lo que recuerdo con más nitidez era mi admiración: los miraba como si fueran Premios Nobel. Apenas nos presentaron fue como una explosión de afinidad, intereses literarios, sentimientos. Tu amistad la acepté con inmenso orgullo porque, a tu corta edad, ya eras leyenda, la promesa en que te convertiste hoy. Desde hacía años te batías en los concursos de más prestigio para nuestra generación. Era un intento, el primero de ese instinto natural que luego sabríamos como una característica personal tuya, por salirte del redil, de los marcos oficiales y, en un comunicado que redactaron e hicieron público, varios de

aquellos muchachos se nombraron “Los Seis del Ochenta”, grupo en el que, con otros escritores: José Mariano Torralbas, Alberto Garrido, Marcos González Madlum, Ricardo Hodelín Tablada, José Manuel Poveda Ruiz y tú, de alguna manera se apartaban de los cánones oficialistas. Aquello significó un escándalo en Santiago de Cuba y, como pólvora, llegó a la Habana, por lo que en las instancias nacionales de la policía política bajaron la orientación de “atenderlos”: como sabemos, los tomaron como un grupo “disidente” que, influenciados por no se sabía quién, estaban siendo “manipulados” por la “propaganda anticomunista”, por lo que fueron asediados, interrogados, les tentaron poniéndoles incluso una lancha para recorrer la bahía de Santiago hasta una zona abierta, presionaron a sus padres, y de esa forma, como se sabría después, ingresaron en la lista negra de la que tú no saldrías jamás.

En la primera oportunidad, recogiste algunos libros y partiste hacia La Habana. Fui testigo de todo el sacrificio que asumiste en esa época, para más, alejado de tus padres, con los que compartías tantos sueños.

## 1.- ¿Qué recuerdas, después de tantos años, de aquellos acontecimientos ocurridos a tus casi catorce años de edad, y que prematuramente marcaron tu vida?

Eran años muy felices. Quienes vivieron en Santiago de Cuba en esa década del 80 coincidirán conmigo en que fueron años realmente gloriosos para la cultura, una época que, según he escuchado, no ha vuelto a repetirse. Por Santiago pasaron entonces los más grandes escritores cubanos y latinoamericanos; la unión cómplice de Aida Bahr, Oscar Ruiz Miyares y Augusto de la Torre desde distintas posiciones en las instituciones culturales y en lucha contra una bien sedimentada burocracia estatal de la ciudad, apoyados por especialistas literarios, entre quienes recuerdo con especial cariño a Maritza Ramírez o Gladys Horruitinier, permitió un desarrollo excepcional del movimiento de talleres literarios, incluso con publicaciones que en otras partes del país ni podían soñarse; la red de concursos literarios era muy importante; además de la fuerza musical santiaguera, el despegue del teatro, la danza y las artes plásticas era impresionante; Santiago fue sede de los más destacados eventos culturales del Oriente y del país, y entre los jóvenes, como bien apuntas, surgió la idea de crear grupos literarios: “Seis del Ochenta” en nuestro caso, el grupo “La Raya” de los poetas, y otros grupos que



Marcos González, Alberto Garrido, Amir Valle y José Mariano Torralbas (agachado).  
Seis del Ochenta, Santiago de Cuba, 1984



Marcos González, José Mariano Torralbas y Amir Valle  
Seis del Ochenta, Santiago de Cuba, 1984

no tuvieron nombre, pero funcionaban como tales. Sin embargo, lo más hermoso era la unidad que se creó entre aquellos jóvenes escritores que asistíamos a las tertulias de la Casa Heredia, de la Casa del Estudiante, o a otras tertulias que improvisábamos, por ejemplo, en el Café La Isabelica, en un esquina de la Plaza Dolores, o en el Parque del Ajedrez, o en el caso de nuestro grupo, en la casa de Torralbas del reparto Sueño, a la que le decíamos “el palomar de Torralbas” porque, al estar construida en una loma, desde el portal se disfrutaba una hermosa panorámica de la ciudad. Si a eso le sumas que como escritores recibíamos los mimos de seres humanos realmente especiales como el gran José Soler Puig, el inolvidable Jorge Luis Hernández, José M. Fernández Pequeño, Aida Bahr, Daysi Cué, Luis Carlos Suárez o Lino Verdecia, estos tres últimos que se convirtieron en guías-amigos de los que estudiábamos en la Universidad de Oriente, entenderás que ninguna de esas otras incomodidades nos importaban mucho. Queríamos escribir y, en honor a la verdad, mucha gente buena y talentosa se había confabulado para que pudiéramos hacerlo. Recuerdo que, más que ese acoso que, efectivamente, empezamos a recibir, nos incomodaban los traspiés que

algunas “vacas sagradas provinciales” de las viejas generaciones nos ponían entonces, celosos de nuestros éxitos a nivel provincial y nacional. De esos tiempos guardo, por poner sólo un ejemplo, el tesoro de la fidelísima hermandad que me une desde el cariño y la admiración a una de las más grandes poetas que tiene Cuba hoy: Odette Alonso Yodú.

Ninguno de nuestro grupo andaba pensando en otra cosa que no fuera en convertirse en un gran escritor. Era loco y hermoso. Pero Torralbas fue siempre un adelantado; me atrevería a decir que por razones familiares o por choques que tuvo desde muy joven con ciertas estructuras del sistema era el único de nosotros que mostraba una rebeldía bastante abierta contra la Revolución. Y fue él quien nos fue empujando hacia una literatura menos complaciente, más crítica. El otro choque fue la tarde en que, luego de recibir la visita de uno de aquellos “compañeros” que decían estar preocupados porque el enemigo no nos desviara del camino correcto, mi padre me dijo, y perdona que te responda con la palabrota que él uso, pero lo creo necesario: “Ve a ver qué cojones haces, pero en esta casa yo no quiero a un gusano: Mis hijos tienen que ser revolucionarios y si me entero de que te conviertes en un gusano, yo mismo te mato”. Ese día, debo confesarlo, algo se partió dentro de mí, y durante años tuve que luchar conmigo mismo para comprender cómo el mismo ser que tanto amor me dio podía volverse tan ciego, olvidando que yo sólo cumplía lo que él me había aconsejado a mis 14 años, cuando me dijo: “mi’jo, la mentira es el defecto más grande que puede tener un hombre. Nunca mientas, aunque molestes a quien sea. Yo luché por esta Revolución, yo hice esta Revolución para que todo el mundo pudiera decir lo que piensa, sin miedos a terminar con la boca llena de hormigas en una alcantarilla”.



Fin del grupo “Seis del Ochenta” tras la partida de Torralbas al exilio.  
Amir Valle, José Mariano Torralbas, Alberto Garrido y Marcos González, en la azotea de Amir en la calle Perseverancia en Centro Habana, 1999.

**2.- ¿Tu alejamiento de tu Santiago de Cuba y salida para la capital, el cambio de universidad para continuar tus estudios en la carrera de Periodismo, se debió en alguna manera a ese acecho de la Seguridad del Estado? Recuerdo que, una vez radicado en la Habana, fui testigo de tu regreso de clases, molesto con aquellos tipos de la Seguridad del Estado, porque interrumpían los horarios docentes y delante del resto de los estudiantes, te sacaban al pasillo de la facultad para interrogarte, obligarte a responder preguntas sobre expresiones tuyas o de otros dichas en lugares culturales o privados.**

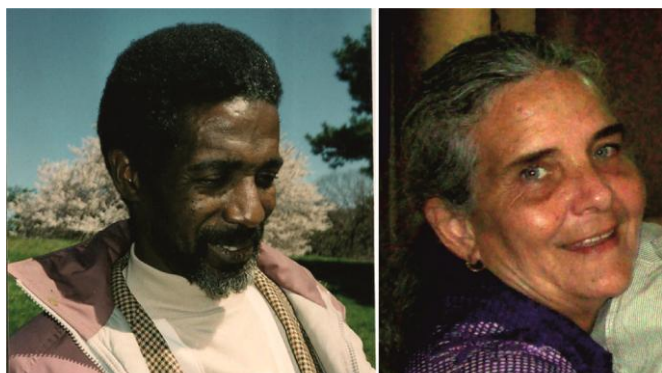
En realidad no tuvo mucho que ver, aunque sí, me molestaba el acoso de aquel bigotudo de quien nunca supe el nombre. Se me aparecía en todas partes (luego supe que así lo hizo con cada uno de nosotros) y nos proponía convertirnos en agentes, que le informáramos de todo lo que se hablaba en nuestras reuniones o en nuestros encuentros con otras personas del mundo de la cultura. Te cuento algo curioso: uno de los escritores no tan jóvenes que destacaba en esos tiempos en Santiago de Cuba era Eliades Acosta Matos, quien luego sería Director de la Biblioteca Nacional y, después, el Jefe del Departamento de Cultura del Comité Central del Partido; es decir, llegaría tener el papel de Gran Censor. Yo era muy amigo de Eliades en aquellos, mis años santiagueros y, cuando él apenas era un funcionario menor de la cultura, cuyo interés mayor según me decía era ser escritor, solía visitarlo en su trabajo y en su casa, donde nos leíamos nuestros cuentos y conversábamos mucho sobre cultura universal, porque él realmente poseía unas lecturas que despertaban mucho mi admiración hacia él. Lo que jamás he dicho es que decidí romper esa amistad, dejar de visitarlo, cuando aquel seguroso bigotudo me dijo que Eliades tenía problemas y que yo, para ayudar a salvarlo de

caer en manos del enemigo, debía contarle a la Seguridad del Estado todo lo que él hablaba. Quienes me conocen saben que rindo culto fanático a la amistad, así que, en vez de acercarme a Eliades y convertirme en un espía, me alejé de él y, semanas después, cuando el bigotudo se apareció en mi casa para hablar por tercera o cuarta vez con mi padre, le dije que había tenido una gran discusión con Eliades y nuestra amistad se había roto. Por eso me dolió tanto que, en el 2006, cuando aún era el gran censor del Partido Comunista, en una entrevista para Granma Internacional hablara horrores de mí y me catalogara de mercenario, traidor y otras lindezas.

Sin embargo, la causa real de mi salida de Santiago era mi ambición, pues entonces tenía un ego tan inmenso que ni yo mismo me soportaba. Santiago se me había quedado pequeña: había ganado todos los premios, mi nombre salía en todos los estudios literarios, desde Santiago había comenzado a introducirme en el cenagoso terreno de la literatura nacional y varias desilusiones en el mundillo cultural me hicieron comprender que debía irme a La Habana si quería ser más importante. Recuerdo que Aida Bahr me dijo: “¿para qué te vas a ir?, ten cuidado, aquí eres cabeza de león y allá, si acaso, vas a ser cola de ratón”. Pero, esgrimiendo todo el ego que tenía en esos años, le respondí: “Yo me voy a comer La Habana, Aida, y allá, puedes darlo por seguro, voy a ser una de las greñas más visibles en la melena del león”. Hoy, aunque llevo años pidiéndole a Dios que me de la humildad que un cristiano debe tener, cuando miro atrás, me doy cuenta de que llegué a cumplir ese propósito: a pesar de todas las trampas, de todos los chanchullos de los grupos de poder y de todas las presiones por mis deseos de escribir con toda libertad, logré imponerme, ganar premios, publicar y ser considerado un autor que merecía ser nombrado en los estudios literarios nacionales, y todo eso desde mi postura de lobo solitario.

Eso es algo que tú bien conoces, sólo unos pocos lo sabemos: yo fui un solitario, y me impuse allá en Cuba a golpe de tozudez, escribiendo, mandando a cientos de concursos, escribiendo, escribiendo, escribiendo, hasta el punto de que Antón Arrufat llegó a decir, no sé si en jarana afectuosa o en una de sus usuales críticas elitistas, que “si Guillermo Vidal escribe una novela por mes, Amir Valle escribe una por semana”. Y como bien recuerdas, el Guille Vidal dijo en un evento, para alabar mi laboriosidad: “no se engañen, Amir no es una sola persona; es un ejército de Amires: un Amir escribe cuentos, otro Amir escribe novelas, otro Amir colabora para los periódicos y hace ensayos para las revistas, otro Amir da talleres, otro da conferencias, otro escribe guiones para la televisión, otros tres Amires se leen los más de diez manuscritos que cada mes escritores de toda la isla le envían a su casa en La Habana para que él les aconseje, otro Amir asesora editoriales y prepara antologías de los jóvenes talentos de la narrativa cubana... Por eso es que puede estar en todas partes y hacer tantas cosas”. Todo eso, repito, a solas, sin el apoyo de ninguno de los tres grupos de poder que existían en ese tiempo a nivel nacional: el grupo que apadrinaba Eduardo Heras León, el Chino Heras (al que se vincularon muchos de los escritores “realistas”, que se llamarían luego “violentos”); el grupo que apadrinaba Antón Arrufat (al que se vincularon quienes pasarían a llamarse “el lobby gay”) y el grupo de escritores cercanos al poder cultural oficial, casi todos miembros o amigos más fieles de la generación de escritores del 80. Tampoco, aunque algunos de ellos eran mis amigos, me vinculé a los muchachos que fundarían el interesante proyecto Diaspora(s) y apenas asistí, como oyente silencioso, a las peñas en la azotea de Reina María Rodríguez, donde coincidían escritores de todos estos grupos y tendencias, pero donde se fue abriendo espacio a otros modos menos rígidos de entender la creación y la literatura. Mucha gente cree que yo fui apadrinado por Eduardo Heras León, pero eso, como tú sabes, sólo ocurrió desde 1984 hasta 1988. Yo llegué a La Habana en julio de 1986 y ya a fines de 1987 un

desencuentro personal con el chino Heras me hizo aislarme, desilusionado, así que tuve que luchar porque no me aplastaran esos poderes oscuros que contra mí se lanzaron desde las capillas y los grupitos literarios que existían entonces. Me gusta honrar a quien honra merece, y por ello debo decir que en esos años, me salvé de la soledad gracias a dos personas, e incluso puedo decir que buena parte de mis logros literarios se los debo al cariño y el apoyo que siempre recibí del inolvidable profesor universitario Salvador Redonet y de la profesora y escritora, casi una madre para mí, Mercedes Melo, Chachi.



Salvador Redonet Cook (1946-1998) y Mercedes Melo Pereira.

**3.- ¿Qué secuelas te han dejado aquellas vivencias personales? Siempre tuviste a la literatura como el sueño más necesario. Escribías, y escribes, con esa disciplina envidiable, y no recuerdo conocer a alguien con tanta capacidad de trabajo como la tuya, por lo que en tu haber cuentas con casi tres decenas de libros, ante los ojos estupefactos de quienes te hemos acompañado en esta aventura literaria. Una vez me confesaste “que temías morir joven”; si mal no recuerdo, alguien te había revelado esa profecía, que por suerte, y aunque aún considero que de alguna manera somos jóvenes, no ocurrió. ¿Fue algo que te inventaste para justificar las toneladas de hojas escritas a máquina de cinta, o realmente ocurrió y te asustaron en aquellos, tus primeros años de adolescente?**

Esas presiones descaradas que me hicieron durante mis años de estudiante de periodismo en la Universidad de La Habana dejaron una sola secuela, creo que favorable si una secuela puede serlo: profundizaron mi desilusión, me espantaron el miedo. Había decidido hasta ese momento escribir críticamente, pero justo desde el último de aquellos acosos del “seguroso”, que coincidió con un evento histórico en el periodismo cubano que ocurrió en la Facultad de Periodismo, decidí decir abiertamente lo que pensaba, y hacerlo también desde el periodismo, aunque no se publicara en Cuba.

Como seguro recuerdas, en la primera de aquellas reuniones, en 1986, llegué a casa con mucho miedo. Estaba en el aula y la secretaria de la decana vino a buscarme, pidió permiso a la profesora, y me dijo que fuera a su oficina. Fui a la secretaría y allí me indicó que subiera por una escalerilla de caracol a otra habitación cerrada que quedaba encima. Arriba me encontré con dos hombres que se me presentaron como oficiales de la Seguridad del Estado y confieso que la táctica del policía bueno-policía malo que usaron me hizo sentir miedo: era la primera vez que me enfrentaba a algo así. Fue justo allí donde confirmé todas las sospechas que habíamos tenido en Santiago: aquellos dos hombres me confirmaron que un supuesto joven escritor que se pegó a nosotros había sido enviado por ellos, que el paseo en yate que otro trabajador de la cultura nos ofreció había sido planificado por ellos y, aún peor, que tres de mis mejores amigos del aula de periodismo en Santiago de Cuba les informaban semanalmente de cada uno de mis comentarios “desviados ideológicamente”. Esa sensación de saberme vigilado y traicionado me aplastó. No lograba entender cómo, quienes debían preocuparse por asuntos más peligrosos contra la seguridad nacional, la emprendían así contra un comemierda inocente como yo. Pero justo ahí se produjo algo curioso: empecé a escribir con más rabia sobre la realidad, a guardar aquellas cosas en sitios donde creí que nadie las encontraría y empecé a leer mucha literatura prohibida aprovechando mi amistad de entonces con un viejo historiador que vivía a pocas cuadras de la casa de mi tía en Luyanó, donde yo viví todos esos años. Aquel viejo, Samuel, tenía una biblioteca impresionante y, como su hija era una diplomática cubana, le traía libros de afuera que él me prestaba. Todavía me alegra recordar que, cuando mi presencia se hizo común en su biblioteca (porque durante meses no me permitía sacar los libros de su casa), un día le dijo a su esposa: “cuando vayan a definir en el diccionario el término Ratón de Biblioteca va a salir una fotografía de este muchacho”.

Volviendo a las citas forzadas a las que me sometían: la última fue después de una reunión en la que los estudiantes de periodismo nos rebelamos, primero contra Carlos Aldana, que por entonces era el Jefe del Departamento Ideológico del Comité Central del Partido Comunista, y luego contra el mismo Fidel Castro, a quien, aprovechando una reunión en el Palacio de la Revolución en la que él “casualmente” se coló, cuestionamos muchas de las taras que tenía el periodismo y el proceso revolucionario. Algunos creen que yo tuve protagonismo en lo que allí pasó, pero lo cierto es que, cuando descubrí la encerrona que nos habían tendido, lancé la última pregunta que, eso sí, evitó que Fidel siguiera aplastando a otros ingenuos que no se habían dado cuenta que aquello era una farsa. Mi pregunta la hice con toda la intención de soltarle la lengua, sabiendo que no pararía, como efectivamente ocurrió. Después de aquello, empezó en la Facultad de Periodismo una verdadera cacería de brujas contra todos los que habían osado enfrentarse al poder. Muchos se amedrentaron de tal modo que terminaron convertidos en lamebotas del gobierno, siendo el caso más vergonzoso el de Alexis Triana, quien había sido precisamente el organizador y uno de los cerebros de aquella “revuelta”. Todavía lo recuerdo en nuestras breves pero intensas reuniones en el parque frente a la Facultad, en las que coordinamos qué debía preguntarse, qué temas no podían faltar, quiénes debían preguntar e incluso cómo contraatacar a las respuestas previsibles. Por esos días vinieron a verme nuevamente Policía-malo y Policía-bueno y me dijeron que ya ellos se habían reunido con otros colegas míos que estaban dispuestos a cooperar para terminar de aplastar la revuelta: al frente de esos colegas que cooperarían mencionó a mi compañera de aula Rosa Miriam Elizalde, alguien a quien yo tenía un especial cariño. A estas alturas no sé si me estaba mintiendo, pero luego, viendo el protagonismo que ella ganó de golpe y viendo su meteórica carrera de ascenso pegada al poder, he llegado a pensar que quizás me dijeron

la verdad. En ese encuentro (siempre el mismo método: secretaria que aparece en la puerta del aula, pide permiso para que me dejen salir y me ordena ir a su oficina) querían comunicarme que, en premio al modo en que yo con mi pregunta había cortado lo que ellos llamaron “sarta de insultos estúpidos al Comandante”, podrían promoverme a uno de los cargos de la Facultad e incluso a ser miembro de un grupo de estudiantes seleccionados que colaboraría directamente con el Presidente de la Unión de Periodistas en el trabajo ideológico con los estudiantes de periodismo de los primeros años. Les dije que la única vez que había tenido un cargo fui un desastre, perdí amistades porque en el mundo estudiantil los jefes siempre eran mal vistos por los demás, y que a mí lo único que me importaba era graduarme. Policía-bueno me dijo: “lástima, hubieras sido de mucha ayuda”, y Policía-malo mascullo: “eres bruto, chamaco, te acabas de cagar la vida”. Y lo cierto es que desde aquel día las cosas se enrarecieron tanto para mí en la facultad que comencé a centrarme sólo en los estudios, en las lecturas clandestinas en casa de mi viejo amigo Samuel y en escribir, día y noche, como un poseso.

Lo de morir joven es algo que me preocupó siempre, hasta que conocí a Cristo y supe que Él me esperaba en esa eternidad que tanto soñamos los cristianos. Estábamos haciendo un trabajo práctico de periodismo y a mí y a un colega, un gran amigo, el holguinero Jorge Baxter, nos tocó el tema de la religión afrocubana. Cuando llegamos al cuarto de trabajo de uno de los babalaos que entrevistamos, el viejo se quedó mirándome y me dijo: “veo sobre ti la marca de un genio”, y eso me gustó, alimentaba mi ego, pero lo que vino después ya me cayó bastante mal: “vas a morir joven”, dijo, “los genios siempre mueren jóvenes”. Y la verdad es que si he vivido hasta hoy es porque no creo ser ese genio que él vio en mí, aunque también me pregunto si no pasó algo allí que confundió al espíritu adivinador del viejo, pues el que murió joven, de un infarto, fue mi compañero Baxter, una dura pérdida para quienes lo conocimos.

**4.- Siempre fuiste osado, y eso ha marcado tu vida, quizás como destino. Esa rebeldía natural que comenzara, como ya dijimos en 1980, y que luego se mantuviera en conspiración perenne entre tus ideas, sueños y sentimientos, reflejados, por supuesto, en tus actos más cotidianos o trascendentes. Recuerdo que, de alguna manera, intentaste que los jóvenes escritores formaran parte de la directiva de la UNEAC, hiciste campaña entre nosotros por un tiempo, no para promoverte tú, sino para que alguien de nuestra generación también pudiera decidir, e incluso recuerdo que un joven escritor, Alberto Guerra Naranjo, dijo en una reunión de escritores que “mi generación también quiere cortar el bacalao”, y, al decirlo, algunos dinosaurios oficialistas entendieron el “cortar” como que los jóvenes querían cortar sus cabezas con aquella candidatura presentada sin el consentimiento de Abel Prieto que, como tú y yo sabemos, pues lo conocemos bien, elegía a dedo a sus socios de generación para los cargos, como todavía sucede en esos inútiles Congresos. Innegable es que la directiva de la UNEAC se mostró ofendida por nuestras rebeldías y crearon un verdadero lobby para anularnos, como ocurrió finalmente.**

Mira, hay una realidad que pocos comentan: en los años en que empezamos a crecer, literariamente hablando, e incluso hasta hoy, el dominio de la cultura en el país se lo había repartido la llamada generación del 80. Yo mismo recuerdo haber estado en alguna reunión de amigos donde algunos de ellos, Abel, Sacha, Arturo Arango, Norberto Codina, se jactaron de que le habían arrebatado el monopolio de la cultura a Armando Hart y su corte de mediocres. Fueron colándose en las revistas, en las editoriales, en las oficinas donde se decidían los rumbos culturales del país. Y espero que recuerdes, pues estuviste presente, la fiesta en la que todos celebramos que Abel Prieto había sido designado Ministro de Cultura. Vimos los cielos abiertos y aún recuerdo claramente sus palabras: “yo sé que entre todos esos mayimbes, yo soy sólo una pieza, pero al menos espero que sirva para ayudar a los socios y que la cultura enrumbe por otros caminos más libres”. Y ciertamente, es honesto que se diga: esa estrategia produjo un cambio real en la cultura del país, fue como un soplo de aire, momentos de ciertas aperturas controladas, si se compara con el período de Hart, a quien recuerdo en un evento en Cienfuegos decirnos a los jóvenes: “ustedes son artistas, así que jueguen con las reglas del arte, pero si se meten en el terreno de la política tienen que asumir las consecuencias políticas de sus actos, porque al menos nosotros, los que hicimos esta Revolución, les vamos a responder políticamente”.

Esa generación, la del 80, como nos dijera uno de ellos en una discusión en la última Feria del Libro que se celebró en Pabexpo, podía enorgullecerse de haber arrebatado el poder a los comisarios culturales de los primeros años y de haber cerrado el paso, fueron sus palabras, “a la mediocridad de las generaciones

anteriores que pretenden seguir viviendo del cuento porque una vez le censuraron escandalosamente un librito malo”. A mí, que igual que tú, conocí de muy cerca los traumas que esas censuras de los años 70 provocaron en un gran escritor como pudo ser Eduardo Heras León, a quien considero que frustraron a la fuerza, no podía entender que esa generación, que se consolidó cuando nosotros dábamos nuestros primeros pasos, es decir, eran muchos nuestros amigos, de pronto se convirtieron en censores, en estrategas de la cultura que desde sus oficinas hacían el juego sucio al poder político. Por eso, a mediados de los 90, comencé junto al escritor Alberto Guerra Naranjo una conspiración con la intención de recordarles a ellos que también nosotros contábamos y que nuestra generación era tan pujante como la suya y, aunque suene feo y generacional, en materia de calidad era superior. Pero ellos eran nuestros jurados, quienes decidían quién subía y quien no, e incluso se había hecho costumbre que Sacha diera grados militares a los escritores, de acuerdo a nuestro “nivel literario”. Así fuimos capitanes cuando todos ellos, según Sacha, eran generales, y un día, años después, cuando ya no éramos tan jóvenes, casi nos mata un infarto al oírle decir que habíamos ascendido a coroneles. Era un juego, pero un juego que definía muy bien el estado de opinión que tenían de ellos mismos y de nosotros. Y hoy lo digo con todas las letras, de esa generación, si en verdad alguno podía ser considerado general, esos eran Padura, Miguel Mejides, Reinaldo Montero, Luis Manuel García Méndez, Abilio Estévez y Aida Bahr, entre los narradores. Los demás, vivían del cuento o, todavía más literalmente, de haber escrito alguna vez UN buen cuento. Por el tiempo de esa anécdota que refieres, Alberto Guerra y yo, con el apoyo de Mercedes Melo, logramos celebrar el Coloquio de Narrativa Cubana Actual: “Abrir el compás de la crítica”, los días 4, 5 y 6 de julio de 1996, en el Centro Provincial de Superación para la Cultura y Casa de los Escritores de 10 de Octubre, un evento que, como el de esa votación que cuentas, fue boicoteado totalmente y, por supuesto, nadie en el poder de esa generación asistió.



En el Coloquio “Abrir el compás de la crítica”. La Habana, julio de 1996. De pie: Amir Valle, Alberto Guerra y Pedro Pérez Rivero; sentados: Elizabeth Díaz, José Antonio Michelena y Armando Cristóbal Pérez.

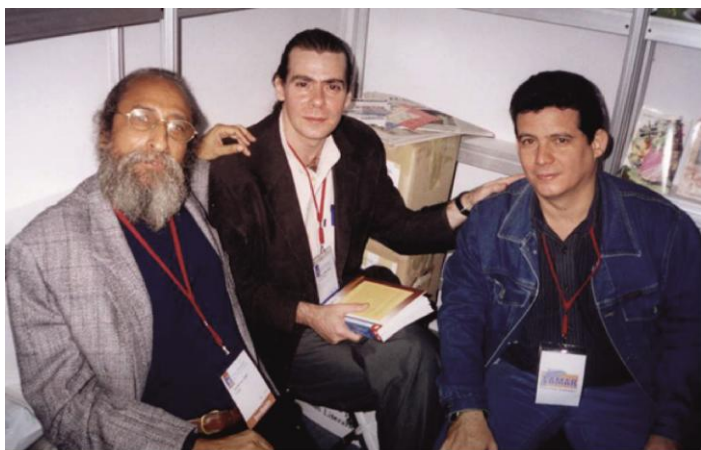
## 5.- ¿Qué te proponías con lo que la oficialidad entendió como “Golpe de Estado cultural”?

La idea que tenía entonces es la misma que defendí después, hasta hoy: la cultura no puede ser feudo de nadie, ni de políticos, ni de capillas o grupos literarios. Tiene que ser un terreno de libertad donde confluyan todas las tendencias, generaciones, escuelas, poderes. Recuerdo un chiste que nos hizo Antón Arrufat a Guillermo Vidal y a mí, en ocasión de que un linotipista, exmilitar, se horrorizara ante un libro de Guillermo Vidal y decidiera, sin consultar con nadie, impedir su impresión: “Querido Guillermo, con su caso queda demostrado que en este país la cultura no la dirige el pobre Abel Prieto; se dirige desde el edificio de las Fuerzas Armadas, en la Plaza de la Revolución”. Y no se equivocaba: fui testigo de cómo Omar González, entonces presidente del Instituto Cubano del Libro, y varios funcionarios del Ministerio de Cultura, entre ellos un viceministro, tuvieron que negociar con los militares para que el libro de Guillermo Vidal fuera finalmente impreso.

Al final, te lo confieso, desistí. Nuestros colegas escritores, todos, sin importar generación, estaban llenos de miedo. Intentaban enmascarar ese miedo diciendo que sus vacilaciones eran porque la política no era lo suyo o, los más honestos, porque no querían arriesgarse a perder lo poco que tenían, pero lo innegable es que la inopia de otras generaciones en asumir ciertas responsabilidades y la estrategia de esa generación de posesionarse en esas responsabilidades les ha servido para seguir en el poder, para monopolizar la promoción nacional e internacional de la cultura a su favor y, lamentablemente, para entorpecer los aires de libertad que traían las generaciones nuevas que han surgido hasta hoy, en muchos casos, aniquilándoles con el discurso de la "fidelidad debida" a la Revolución. Las trampas, enredos y maquinaciones que contra otros colegas han protagonizado algunos de ellos son material para una enciclopedia sobre la indigencia humana ¿O alguien me va a querer convencer de que Abel Prieto es ahora el asesor personal del dictador simplemente porque a Raúl Castro le fascina su melena?

**6.- ¿Qué esperabas de los jóvenes escritores y por cuál política cultural apostabas? Retomando aquellas votaciones, recuerdo que me eligieron para el comité de selección de boletas, donde los escritores escribieron los nombres de los supuestos delegados que debían representarlos en el Congreso de la UNEAC. Me aseguré que Guillermo Vidal, que en paz descansa, obtuviera las necesarias para estar allí. Al final de cuantificar las boletas fue el más preferido de la votación, lo que obligadamente, según la supuesta democracia que se deseaba aparentar con aquel acto circense, el Guille sería Delegado; sin embargo, no fue invitado.**

Creí que todos queríamos lo mismo: más espacios de promoción; más libertad para publicar nuestra literatura sin las censuras a las que estaban siendo sometidos muchos de nuestros cuentos o libros; menos paternalismo, pues ya habíamos descubierto que ese supuesto modo de "protegerlos" nos había convertido en eternas promesas congeladas, a pesar de que muchas de nuestras obras eran consideradas por algunos críticos importantes (Margarita Mateo, Madeline Cámara, Salvador Redonet) superiores a otras de las generaciones anteriores. Pero fue justo allí, en esos encuentros preparatorios del Congreso (pues tuve la suerte de participar en algunas reuniones de otras provincias), cuando descubrí ese ombliguismo que enferma del cuerpo de la intelectualidad y los escritores cubanos: mientras no sea tocado por los males que afectan a los demás, nadie salta. Y es que la estrategia cultural de la Revolución ha sido hacerles creer que sin las instituciones no son nada, que sin el apoyo cultural de la Revolución no son nada y que sin un país que los apoye no son nada. Además del egoísmo típico de quienes estamos en el gremio de las artes y la cultura, ese estado de cosas les hace aferrarse a cualquier minucia de promoción o publicación que crean haber conquistado, aún cuando para ello tengan que sacrificar sus principios. Y al final, como seguro recuerdas nos dijo uno de nuestros colegas por aquellos días, "¿de qué sirve sublevarse y proponer algo nuevo, si en las alturas se las arreglarán para que las cosas sigan como están, para que nada cambie?". Eso fue lo que sucedió con Guillermo Vidal: como era un tipo tan querido y respetado incluso por sus enemigos, logró esa votación aplastante, pero en las alturas del poder decidieron que no podía permitirse que un bocón como él les echara a perder la docilidad ovejuna que habían planificado para ese Congreso que, como ya sabemos, fue una Oda a la Sumisión.



Guillermo Vidal, Emilio García Montiel y Amir Valle en el stand de la editorial Plaza Mayor. Feria Internacional del Libro Guadalajara, 2002.

**7.- ¿Por qué Guillermo Vidal, uno de los escritores más talentosos de la generación, siempre tuvo el estigma y el desprecio constante del oficialismo? ¿Qué te hizo cerrar filas con él?**

Guillermo Vidal, el Guille, es el ser más especial que tuve el privilegio de conocer. Lo atacaron porque odiaba la mentira, detestaba las medias tintas y le decía la verdad en la cara a cualquiera. Como bien sabemos quienes estuvimos cerca de él, intentaron callarlo y no pudieron, así que decidieron presionarlo y acusaron al hijo de un falso delito, lo metieron preso, sabiendo que le hacían pedazos el corazón, pues ese hijo, Aliar, era su adoración. Pero su hijo supo por sus propios verdugos aquella trampa: le



dijeron que, si quería salir libre, debía convencer a su padre de que abandonara su postura. Se portó como un hombre y le dijo a Guillermo que estaba dispuesto a morir de viejo en la cárcel, pero que no se dejara presionar por el dolor de verlo tras las rejas.

A mí me lo presentó Aida Bahr. Acababa de ganar el premio Marcos Antilla de cuento con esa joya que es “Se permuta esta casa” y el folleto con el premio lo presentó José Soler Puig en Santiago. Verlo, conmoverme con la limpieza que destilaban aquellos ojos verdes y saber que seríamos grandes amigos fue una misma cosa. Y aunque él vivía en Las Tunas, durante años mantuvimos una amistad a toda prueba. Era un ser que había aprendido a desprenderse de los odios, ajeno a las rencillas y los chismes tan usuales en nuestro mundillo, amigo de sus amigos y una persona a la que sus vecinos, colegas y amigos respetaban y veneraban de un modo realmente mágico. Una vez me confesó que no siempre había sido así, que en su juventud hizo cosas que le hicieron pensar que era un monstruo, y que los golpes duros de su infancia y su vida posterior lo habían hecho aprender a no dejarse envenenar, a no dejarse presionar o engañar. Tenía la virtud de ser un finísimo analista de la situación en Cuba y, sobre todo, de lo que ocurría en el mundo de la cultura y esa compleja animalia que somos los intelectuales, escritores y artistas. Ha sido, además, la única persona a la que escuché decir sartas de malas palabras, jaranear y comunicarse utilizando esas malas palabras sin que sonara a mala palabra, a cosa grotesca. Y, como recuerdas, era uno de los seres humanos más divertidos, bromistas y ocurrentes que hemos conocido. Sin hablar de su humildad: sabía que era bueno, que era único, que su estilo literario era (y sigue siendo) inimitable, un ícono de la narrativa cubana de todos los tiempos, pero jamás actuó con ínfulas, como sí hacen otros de esos muchos diosillos menores de nuestra literatura, sin que su obra pueda compararse ni siquiera mínimamente a la originalidad y fuerza de la del Guille. Podría escribir un libro con las cosas que conversamos, las que planeamos juntos, las que soñamos. Pero basta con decir que en sus años más productivos jamás publicaba una línea en ningún sitio si antes no la leía yo, y yo hacía lo mismo. Gastamos muchas horas conversando por teléfono sobre nuestras obras, nuestras vidas, nuestros proyectos familiares o profesionales. Estuvo siempre ahí en los momentos en que más me reprimieron en Cuba, en que más solo estuve, en que más fui traicionado, y su sonrisa y sus consejos fueron un bálsamo. Ahí te va una anécdota de esa fidelidad suya: Cuando me cerraron todas las puertas, un funcionario de Las Tunas puso ingenuamente mi nombre en las listas de invitados y, cuando los jefes se dieron cuenta, me retiraron la invitación. Guillermo fue allí y le dijo que si no me invitaban, él iba a boicotear la feria oficial, iba a movilizar a todos los escritores de la provincia y se iba a hacer su propia feria en los potreros en las afueras de la ciudad, para que yo pudiera asistir. Tú y yo sabemos que, si se lo proponía, podía hacer esas cosas, porque la gente lo veneraba.

Por él, además, conocí y entregué mi vida a Cristo. Y eso nos unió aún más. Con su muerte perdí, además de un amigo, además de un cómplice, a mi crítico más rabioso, a mi lector más fiel. Y la prueba de esa confianza que nos tuvimos es que, cuando supo que moriría, dijo a su familia que yo era la única persona que podía llevar su obra adelante, pues sabía todos sus anhelos como escritor, todos sus desvelos, todas sus ideas sobre literatura. Fue para mí un honor y un reto enorme que me declarara su albacea literario, algo que muchos en Cuba aún no quieren reconocer.



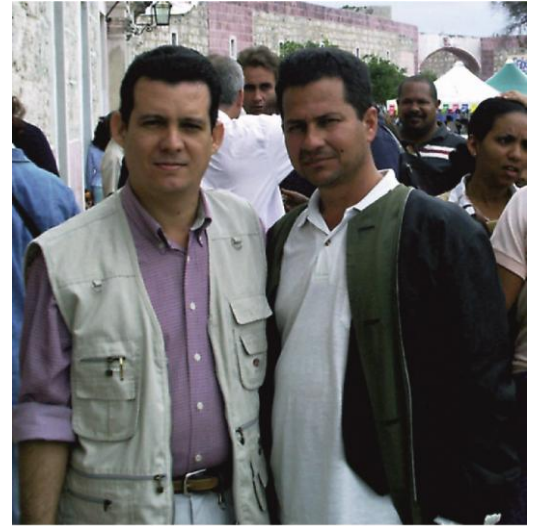
Guillermo Vidal, Amir Valle y Miguel Mejides, en la Feria Internacional del Libro Guadalajara 2002.



Sindo Pacheco y Amir Valle. Feria del Libro, La Habana, 2002.

Muchos de ustedes han dicho que yo era una especie de líder no electo para la mayoría de nuestra generación de escritores; y realmente confieso que así me sentí. Pero yo siempre creí que el otro gran líder fue el Guille, incluso con mayor impacto que yo, pues él se ganó con su limpieza de alma y de carácter hasta a quienes, ya fuera por razones grupales, generacionales o estilísticas, nos veían con ojeriza. Nuestra primera coincidencia fue en torno a la fidelidad que nos debíamos unos a los otros. Sindo Pacheco siempre jaraneara con que mi frase favorita entonces era “es de nosotros”, pues era lo que yo decía cuando quería señalar que alguien debía ser protegido

por nuestra amistad. Como todos saben, siempre busqué que no muriera aquella ingenuidad que nos unió, aquellos sueños puros, aquella amistad sincera en la que cada premio o libro ajeno era celebrado como algo propio. Algo me hacía saber que si eso se rompía, nos sucedería lo mismo que a las generaciones anteriores: que nos dividirían con las dádivas del poder, que seríamos colegas que se muerden la lengua de rabia ante los triunfos ajenos aunque de boca para afuera muestren una sonrisa a ese otro colega generacional, y lo más peligroso, que las políticas establecidas nos convertirían en ejecutores de nuestros antiguos hermanos de generación o en cómplices de quienes los ejecutan, si es que no éramos nosotros mismos los ejecutados. El lema del Guille Vidal, ante cada pequeña discusión entre nosotros, era: “caballeros, si nos dividen, nos joden”. Y ese fue por varios años el lema de nuestra generación. Hace poco me sentí muy honrado, pero triste a la vez, cuando leí que el escritor Rafael Vilches, nuestro amigo, decía que habían jodido a nuestra generación, que nos habían dividido y que muchos de aquellos amigos hoy eran pequeños monstruos llenos de resentimientos, miedos y egoísmos, y que el poder político nos había jodido únicamente porque había quitado del medio a los dos líderes de la generación: el Guille se había muerto en el 2004 y a mí me habían desterrado en el 2006.



Amir Valle y Rafael Vilches  
en la Feria Internacional del Libro de La Habana, 2004.

**8.- ¿Es una vocación tuya la de abrazar a los desprotegidos? Creo que aquellos hechos lastraron de alguna manera tus sueños, esperanzas; que algo cambió radicalmente en ti y, con la precocidad que siempre te ha acompañado, te distanciaste de los espacios oficiales. Confieso que fui uno de los que en aquel entonces no te entendió; equivocadamente, pensaba que asumir una literatura crítica, social y antigubernamental era suficiente para mostrar nuestra postura ante nuestro tiempo, porque confería el papel primordial a la obra escrita que, en definitiva, era para lo que estábamos convocados como intelectuales, pensaba yo. Tuvo que pasar un tiempo para que comprendiera que solo repetía lo que nos pedían los maestros, quienes sí habían aceptado que doblegaran a su generación y habían acatado todas las exigencias del gobierno por miedo, un miedo que luego intentaron transmitirnos a nosotros, decían que para protegernos y no sufriéramos lo que ellos padecieron en la década de los setenta, pero sobre todo para que no sacrificáramos nuestra escritura, como si no se pudiera escribir desde la marginación o desde la misma cárcel. Recuerdo que cuando me transmitiste tu punto de vista ante el régimen totalitario, tu crítica agresiva a la dictadura y las violaciones de los Derechos Humanos, desde mi inmadurez política y la manipulación personal de la que aún no me había desatado, te aseguré que “como artista no debías confundir el arma de lucha, que no era otra que la literatura”. Luego, como tú, mi conciencia necesitó más y ya ves donde estamos hoy: tú, en la diáspora, y yo, preso.**

Sé que lo primero lo dices porque en nuestros intercambios de cartas, como también lo haces tú, he defendido el derecho que otros antiguos amigos tienen a sentir miedo, a no proyectar lo que realmente piensan, e incluso a utilizar de modo oportunista la estructura del poder cultural. Pero ese aislamiento, esa distancia de los medios oficiales que en mi caso duró desde 1989 hasta 1997, cuando regresé a trabajar en el Instituto Cubano del Libro durante dos años y medio, e incluso el tiempo en que decidí aceptar la oferta del chino Heras de dar clases a los nuevos escritores cubanos como profesor del Centro Onelio Jorge Cardoso, donde estuve apenas un año, me permitió observar esa realidad desde muchas perspectivas, conocer las caras ocultas y públicas de sus personajes, analizar desde mi soledad todo lo que sucedía. Luego viví otro período de ostracismo: desde el 2001 hasta el 2005, año en que fui desterrado. En esos “insilios” forzados, supe que lo único que me interesaba era salvar lo humanamente salvable: cada uno tenía derecho a creer en algo distinto, a equivocarse, a rebelarse, a negociar, a traicionar incluso, porque vivíamos en un país donde esos procedimientos eran estrategias de supervivencia. Luego conocí a Dios y entendí que cada uno deberá responder, primero a su conciencia, y después ante Él; que no soy quién para juzgar a nadie, para pretender que actúen como se supone que deban actuar éticamente ante una dictadura. Yo hice lo que creí ético y correcto: me rebelé, como bien dices; escribí en mis libros lo que muchos no querían que se dijera (y por eso ninguno de esos libros se publicó en Cuba ni entonces, ni hoy, aunque ganaran premios internacionales y se publicaran

en editoriales importantes fuera de Cuba); dije en entrevistas para la prensa extranjera acreditada en Cuba lo que pensaba de Fidel Castro y del gobierno; hice lo mismo en la prensa internacional, aprovechando cada uno de mis triunfos fuera de la isla para que se conociera que aquello no era el paraíso que el régimen pintaba; defendí en sitios públicos a colegas y amigos escritores y periodistas que eran reprimidos, como Dagoberto Valdés, Antonio José Ponte, Rafael Almanza, Armando Añel, Arturo González Dorado, o que cumplían prisión, como Raúl Rivero o Manuel Vázquez Portal, quien me conmovió profundamente hace unos años, ya viviendo en Miami, cuando escribió una crónica donde recuerda que, mientras era un apestado y todos huían de él, no me importó jamás abrazarlo como el buen amigo que siempre fue, incluso aunque a pocos metros, mirando, estuviera el mismísimo ministro Abel Prieto; fundé una revista y me la censuraron, fundé otra y me quitaron el correo electrónico para que no pudiera ni siquiera enviarla a modo de cápsulas informativas, que era como yo enviaba ambas revistas porque no tenía acceso a internet; les di a mis amigos oficialistas la oportunidad de que me defendieran, pues era como defenderlos a ellos para el futuro, y no lo hicieron (y, por cierto, algunos sufrirían después lo mismo que yo, por errores en su “gestión oficialista”, y fueron destronados, pero se lo han callado) e incluso les dije a la mayoría de mis amigos y conocidos que les perdonaba que no me visitaran, que no me llamaran, que si me veían por la calle se cruzaran de acera para que no los vieran cerca de mí, porque no quise que “mi culpa” los afectara. Aprendí a dormir en paz con mi conciencia, y sé que Dios me ha premiado por no dejarme envenenar el alma por esos odios que otros, por razones políticas o ideológicas, han inventado.

### **9.- Y te encontraste solo. Haberte sabido un llanero solitario, incomprendido hasta por tus colegas más cercanos de generación, ¿qué sentimientos te agregaron?**

Conocí la libertad, querido Ángel; la libertad que nace de no permitir que nadie encauce tu vida por vías que no te interesan y con ideas que no tienen nada que ver con tu modo de pensar. Esos últimos años de estancia en Cuba, además de vivir de mis derechos de autor en el extranjero (que no eran muchos, pero en manos de mi esposa se multiplicaban increíblemente, permitiéndome vivir con cierta holgura económica), hice de todo: vendí batido, papas rellenas, tabaco que llevaba a empresarios extranjeros que conocí cuando trabajé en Cubanacán S.A, piezas de computadora que un vecino se robaba de su trabajo (hasta un día en que, mirando el mar desde mi azotea, mi esposa me hizo notar que ante Dios y ante la verdad, aunque nos pesara reconocerlo, aquello de vender tabaco robado y piezas de computadora robadas era lo único que ensuciaba mi postura ética, pues ni siquiera la obligada lucha por la supervivencia en una dictadura justificaba eso de “ladrón que roba a ladrón, tiene cien años de perdón”). Y desde esa libertad conquistada en un país donde esa palabra escaseaba tanto como el agua en el desierto del Sahara, con la ayuda de Dios y martilleándome los cojones, aprendí a perdonar incluso a esos maestros y amigos que me traicionaron. Hoy, en mi casa en Berlín, o en esos otros países adonde me invitan a presentar mis libros o a ofrecer conferencias, me he encontrado con muchos de ellos y los he abrazado como si nada hubiera pasado. Han querido hablar, los ojos avergonzados pidiendo perdón, y mi respuesta ha sido lanzarnos a recordar aquellos primeros años, cuando éramos ingenuos y felices, donde lo único que importaba era el ser humano que fuimos, nuestra hermandad pura, libres de esas mierdas que luego la vida y algunos cabrones nos echarían encima.

### **10.- ¿Qué resorte interior y profundo activaste desde tu conciencia para soportar esa soledad y, a su vez, poder continuar tu rumbo a pesar de la marginación cultural?**



La rebeldía. Desde mi azotea en la calle Perseverancia, mirando el mar que se extendía ante mí, más allá del malecón, infinito y abierto, y luego desde mi casa en Rayo, en pleno barrio de Los Sitios, también en Centro Habana, me vi hurgando en los hilos de la manipulación con la que nos habían maniatado a los cubanos. Una manipulación que rompía todos los límites de la lógica. Comencé a interesarme en esos mecanismos cuando, aprovechando un viaje mío a España, justo cuando yo ofrecía para *El País* una entrevista con opiniones que luego saltaría a *El Mundo* y a otros diarios europeos, donde hablé de la dictadura y de la culpa de Fidel Castro en todo el desastre de mi país, el oficial de la Seguridad del Estado encargado de la Cultura en el Instituto Cubano del Libro, interceptó a mi esposa y le sugirió que se divorciara de mí si no quería verse llevándome jabas a la

cárcel y si no quería que su hijo mayor, pese a ser un niño tan inteligente, tuviera que conformarse con un técnico medio, si es que dejaban que se matriculara en algo así al hijo de un mercenario. Como conoces los humos que se calza mi esposa, puedes imaginar su respuesta. Por entonces, pagando 50 CUC mensuales, logré una cuenta pirata de internet que sólo podía consultar entre la una y las cuatro de la mañana. Una rara pasión me llevó a buscar en internet mucha información sobre cómo habían sido esos métodos en los países del antiguo campo socialista y leí mucho sobre eso, pero especialmente sobre testimonios de intelectuales que habían logrado burlar o sortear esas vigilancias. Saber que otros lo habían logrado, que muchos antes que yo lo habían padecido y habían ganado esa batalla silenciosa y diaria contra el control de la policía política, me hizo creer que yo también podía. Y ese conocimiento, ese convencimiento, me impulsó a escribir mi obra con más fuerza, con más conciencia, incluso con más rabia. Buena parte de lo que publiqué al verme desterrado, lo escribí en esos años.

## 11.- ¿Te podrías considerar desde entonces un diferente, discrepante, podría decirse que “disidente”?

Yo creí en la Revolución, consideré a Fidel un Dios, entendí que era cierto que vivíamos en el único paraíso sobre la tierra. Me molesta mucho escuchar a mucha gente que, una vez que se opusieron al sistema, dicen que jamás creyeron en aquello. Conozco a muchos que sí creyeron, profundamente, y andan por ahí diciendo que jamás la Revolución logró engañarlos.

Yo vengo de una familia muy cercana a la saga de Fidel: mi padre nació en Guaro, un pueblito cercano a Birán, jugó pelota en la infancia con Fidel, se la jugó de verdad contra Batista en la antigua provincia Oriente, fue uno de los dirigentes de la clandestinidad allá y tuvo que salir huyendo para La Habana, donde fue atrapado y torturado por Ventura... en fin, es un hombre que creyó que la Revolución era la única salida para el país. Aún cree en la Revolución, pero jamás ha puesto un pie fuera de Cuba, sólo lee lo que publican en Cuba, en la prensa o los libros revolucionarios, y sigue creyendo, entre otras cosas, que el capitalismo es aquel que él conoció: el del dominio perverso de la United Fruit Company sobre aquella parte del país; el de los barracones de haitianos y campesinos hambrientos que soltaban el lomo para ganar unos bonos con los que apenas podían comprar comida en las tiendas del feudo que allí tenía la United; el de los guardias rurales sacando a plan de machete a los campesinos de las casitas que construían en los terrenos de los terratenientes; el de los puestos de trabajo en el Central Preston concedidos a cambio del voto para algunos de los partidos en pugna durante las elecciones; el de los jóvenes revolucionarios asesinados y tirados en las alcantarillas de Guaro, Mayarí, Birán o Cueto durante las llamadas Pascuas Sangrientas de 1957.

Es obvio que crecer en una familia con esos credos me lanzó a creer en todo lo que la propaganda me decía. Mi inconformidad comenzó cuando todo lo que viví iba contra los principios que mi padre me había enseñado: decir la verdad aunque cayera mal, no mentir nunca sobre lo que uno pensara sobre las cosas esenciales, defender el derecho a pensar con cabeza propia. Como te conté antes, a mis catorce años, él me dijo que había hecho la Revolución para que yo pudiera hacer todo eso, sin que me lanzaran tras las rejas o amaneciera en una cuneta con la boca llena de hormigas y la panza destrozada por una ráfaga de ametralladora.

Primero, elegir ser periodista me llevó a vivir una serie de confrontaciones que me obligaron a cuestionarme muchas áreas turbias de la propaganda oficial. Luego, trabajando ya como periodista en Cienfuegos, durante mi servicio social, experimentar en carne propia cómo el Partido Comunista escondía las verdades al pueblo sobre asuntos tan vitales para el desarrollo nacional como la Refinería de Petróleo o la Central Nuclear de Juraguá, objetivos que cubrí durante dos años; y luego, al ser ubicado en la Publicitaria Coral, de la Corporación de Turismo Cubanacán S.A, conocer cara a cara cómo vivían las élites de poder en Cuba, entre ellos los hijos de Fidel, de Raúl y otros funcionarios, hundidos en un lujo asqueroso como muchos millonarios de otros países, en momentos terribles del período especial en los que el sinvergüenza de Fidel le pedía al pueblo sacrificios enormes..., entre otros muchos desencantos personales y profesionales, me terminaron de abrir los ojos. Ver cómo eso se reproducía, aunque en escala de menos poder a nivel social, en el mundo de la



En México, cuando trabajaba para la Corporación de Turismo y Comercio Internacional Cubanacán S.A, 1993.

cultura, y ser víctima de todos esos tejemanejes de la política y la lucha de poderes en ese sector, terminó por convencerme de la necesidad de aislarme a escribir y, cuando lo hice, de lo acertado de mi decisión.

## **12.- ¿En qué postura cultural y política te nombrarías?**

La única postura que definiendo con garras y dientes es la de mi independencia como creador. He dicho otras veces que acá he podido estar viviendo de panza, pues he recibido muy buenas ofertas de algunos sectores y fundaciones de la política alemana para que trabaje con ellos en relación con el tema Cuba y América Latina. Los he rechazado y eso, al principio, me cerró muchas puertas. Pero he aprendido que cuando actúas limpiamente, la vida te premia. Dios dice que si haces el bien, recibirás bien; que recogerás justamente lo que siembras. Y eso he hecho. Quienes me conocen desde muchacho, saben que en mis días de adolescente tenía una fantasía tan desbordada que llegué a inventarme leyendas sobre mí, simplemente para alimentar el enorme ego que tenía. Por ejemplo, en aquellos años, pertencí al equipo de atletismo; tenía una velocidad realmente asombrosa y, salvo una o dos veces, jamás perdí una carrera en cinco años. Me inventé que era campeón mundial y se lo hice creer a muchos. Esa fue mi primera vergüenza a gran escala, pues en mi ingenuidad infantil jamás pensé que una mentira como esa sería fácil de descubrir. Pero allí aprendí que la mentira es horrorosa. Y comencé desde entonces mi camino hacia la verdad: decirle a la cara a la gente lo que pensara, sin importar las consecuencias. Por ese camino me pasé, y sé que muchos enemigos que tuve años después me los busqué por esa sinceridad: otro ejemplo, como sabes, siempre tuve un don especial para las técnicas narrativas, todos ustedes me daban sus cuentos para que yo los revisara; y esa fama se corrió y eran muchos los que, pretendiendo escribir, venían a que yo les leyera sus primeros textos. A muchas de esas personas, en vez de buscar una forma más suave, les decía que se dedicaran a otra cosa, que no perdieran el tiempo. Y te podrás imaginar que una grosería así, además de doler, hiere.

**13.- Quizás aquella soledad fue la que te encaminó progresivamente a refugiarte en Cristo. Todos recordamos *Letras en Cuba*, tu digital revista de cultura, de una pluralidad desconocida para los espacios oficialistas, donde ofreciste la polémica necesaria, la libertad de puntos de vista y la actualidad mundial de acontecimientos, noticias, concursos y el espacio de los escritores estigmatizados por la politizada cultura nacional; una revista que, por cierto, tú creaste desde tu hogar, en tu computadora, sin ayuda ni congratulación monetaria y en momentos en que no existían esa cantidad de revistas literarias de internet que hoy existen. Fuiste, en simples palabras, un adelantado de las tecnologías. El Estado, aunque con ojeriza, te aceptó unos pocos números, hasta que te fue prohibida, con el cinismo agregado de brindarte la “oportunidad” de que hicieras lo mismo, crearas una revista para la UNEAC. Supe de esa oferta por otras vías, pero era una oferta que debías hacer sin tu punto de vista de libertad: tenías que, según te dijeron, antes de subirla a internet, presentarla para ser censurada y, si recibías el “visto bueno”, podrías ofrecerla a los lectores. Por supuesto, te negaste. Ese fue el último dedo del conteo que te estaba haciendo la Seguridad del Estado antes de iniciar tu incineración. Háblame de las negociaciones al estilo Fouché, que te tendió el oficialismo disfrazado de cultura, para que confeccionaras una revista oficialista.**

Es justo decir algo: aunque en mi interior una voz me decía que ya era hora de cortar con todo, que no valía la pena luchar contra tanta porquería, seguí insistiendo bajo el credo estúpido de que la situación cultural podía cambiarse desde dentro de las instituciones. Mi trabajo como especialista en la Dirección de Literatura, que fue muy alabado, debió hacerles entender a los jefes superiores que yo podía lograr ciertas cosas y así, apenas en esos dos años que trabajé en el Instituto Cubano del Libro, llegué a ser Subdirector de Promoción de Prolibros y recibí la propuesta de ser Director de la editorial Gente Nueva, algo que finalmente evitaron con una trampa que colocó en ese puesto a uno de sus acólitos más fieles. Esa revista, *Letras en Cuba*, y lo digo con orgullo, fue la primera revista en internet en Cuba. Llegué a publicar 30 números. Aún no existía *Cubaliteraria*, ni la revista *Esquife*, y ni siquiera *El Caimán Barbudo* y *La Gaceta* habían sido llevadas a internet. Por eso se les hizo peligrosa, aunque debo agradecer a la poeta cubana Belkis Cuza Malé que me la hayan censurado. Y lo de agradecer a Belkis lo digo sin ironías, es un verdadero agradecimiento: ella supo de mi revista *Letras en Cuba*, que recibían cada semana más de 1600 intelectuales de todo el mundo y, pensando que era un proyecto del gobierno, escribió un artículo donde me atacaba muy dura e injustamente. Le respondí en una carta abierta, dejando en claro mi independencia. Luego de ese incidente, Belkis y yo hemos mantenido una relación muy cordial, muy respetuosa, y encima,

ambos estamos hermanados bajo el manto protector de nuestro Señor Jesucristo, así que esa confrontación es agua pasada. Pero su carta en mi contra fue importante, les hizo ver a las autoridades que mi revista había ido más allá de lo debido: tenía resonancia. Y eso no me lo podían permitir. Entonces recibí una invitación de Abel Prieto, que era Ministro, a una reunión en su oficina en el Ministerio, en la cual participaron Carlos Martí, presidente de la UNEAC, y Francisco López Sacha, presidente de la Asociación de Escritores de la UNEAC. Fue en marzo de 2001. Y realmente creí que había sido una reunión honesta, pues más allá de las distancias que sentía hacia ellos por sus cargos oficiales, mi vida como escritor había crecido junto a las suyas, éramos colegas, habíamos compartido muchos momentos buenos: me propusieron dirigir una revista en internet que sustituyera a mi *Letras en Cuba*, bajo el patrocinio de la UNEAC, y con la intención de hacer desde Cuba un contrapeso a lo que hacía la revista *Encuentro de la Cultura Cubana* en Madrid. Fue para mí una dura lección, un despertar de mi ingenuidad, pues aquello era una teatrada hipócrita que, apenas una semana después, logré descubrir. Y fue justamente un comentario tuyo, en el Palacio del Segundo Cabo, el que me permitió darme cuenta: me comentaste que ellos le habían dicho al chino Heras que yo había aceptado por miedo. Eso terminó de desilusionarme, pues descubrí la doble cara con la que Abel, Martí y Sacha manejaban a mucha gente: se hacían los “socios”, los que estaban de nuestra parte, los que defendían nuestros derechos desde sus oficinas, para hacerle sentir cómodo a uno, y luego... te clavaban el puñal. Recuerdo una frase de Abel esa noche, tan oportunista que jamás olvidaré: “tú no tienes idea, Amir, de todo lo que hemos tenido que hacer para que **estos cabrones** nos autoricen muchas cosas de las que hacemos en la Cultura, y de pronto te apareces tú con una revista independiente que puede joder todo lo que hemos conseguido”. Y nótese que recalco esas dos palabras: “estos cabrones”, en clara referencia al poder político.

Como sabes, e imagino que Sacha, Martí, Abel y Roberto Zurbarano tengan copias, hice una carta muy dura donde puse en su lugar al Ministro, les recordé que no tuve ni un ápice de miedo, les critiqué su engañosa manipulación, y les planteé mi renuncia por razones éticas, entre otros muchos detalles. Pero así también corté, sin casi empezar, mi papel en la revista *La isla en peso*, que en mi lugar dirigiría Zurbarano. Mi renuncia, lo sé, había sido parte del plan de Abel, Sacha y Martí: aunque Abel me prometiera libertad absoluta, incluso para publicar a autores del exilio, Zurbarano me citó. Como yo, ilusionado, le había llevado el proyecto ya completo, secciones, ideas, y demás, y le había insistido en la libertad y la independencia, me leyó las orientaciones que había recibido: antes de publicar cada número debía dárselo a leer a Graziella Pogolotti; era ella quien determinaría si se publicaba o no. Y con toda la irreverencia que me caracterizaba entonces dije que me parecía ofensivo que mi revista tuviera que ser aprobada por una vieja ciega que, pese a su trayectoria, no tenía ni idea de lo que pasaba en el terreno de la literatura cubana en esos años.

**14.- A todo esto, hay que sumarle las relaciones de amistad que trabaste con el comandante disidente, que en paz descanse, Eloy Gutiérrez Menoyo y, especialmente, con su hija Patricia, a quien, con su proyecto editorial Plaza Mayor, gracias a una aparente apertura del gobierno, le dejaron confraternizar con los escritores cubanos. ¿Qué puedes comentarnos de ese proyecto editorial al que estuviste relacionado?**

La Colección Cultura Cubana de la editorial Plaza Mayor era un hermoso proyecto que pretendió unir las dos orillas de nuestra cultura: isla y exilio, desde la literatura. Luego de tres años de trabajar como Coordinador General en Cuba de ese proyecto, y de publicar 33 libros en todos los géneros, de ellos 16



Amir Valle y Patricia Gutiérrez Menoyo en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, 2002.

novelas, debo reconocer que ha sido el proyecto en que más libertad he tenido para trabajar y también que, pasado el tiempo, he entendido lo que algunos colegas me comentaron entonces: el único problema de la Colección era el apellido de Patricia. Como se sabe, Eloy Gutiérrez Menoyo fue un hombre con una vida muy controvertida y polémica, y le pasó ese entorno de polémica y dudas a su hija, de manera que un proyecto tan importante recibió ataques de todos los bandos. Por ahí hay algunos que vinculan esa Colección a los proyectos que Estados Unidos preparó para promover la oposición desde la intelectualidad y yo, que fui tal vez el mayor protagonista después de Patricia, jamás tuve ni una sola prueba de que eso fuera cierto. A ese proyecto le debo la amistad de Patricia Gutiérrez Menoyo, una de las personas

más nobles e inteligentes que he conocido, una verdadera amante de todo lo cubano. Luego la vida nos llevaría por caminos distintos, pero sigue en pie mi admiración hacia ella como ser humano, como profesional, y hacia ese proyecto lamentablemente truncado.

Por ese proyecto tuve la suerte de conocer a Eloy Gutiérrez Menoyo y, más allá de las discusiones que tuvimos sobre muchas de sus perspectivas en relación con Cuba y la política, pude disfrutarlo como un amigo, como un padre, como un cómplice, a quien recuerdo refugiándose en mi casa, tirado en el piso o jugando en el patio con mi hijo pequeño Lior, que lo consideró como un abuelo. Fue un ser humano controvertido, pero también excepcional y un hombre de un humanismo y una fe impresionantes. Cuando murió, sentí que perdí a alguien muy cercano, a pesar de que apenas nuestras vidas coincidieron durante dos años.

Y lo digo con toda claridad: pese a todo lo que se dijo entonces, rumores que hablaban de que Patricia y Eloy andaban creando una quinta columna y que yo era su elegido para dirigir esa quinta columna, ninguno de los dos, jamás, me pidió una colaboración de índole política. Nuestras únicas coincidencias en política era justo el nombre que Eloy había puesto a su partido *Cambio Cubano*: los tres, desde perspectivas bastante distintas según nuestras experiencias de vida, creíamos profundamente en la necesidad de un cambio político y social para Cuba.



Eloy Gutiérrez Menoyo y Lior Valle, hijo menor de Amir Valle.  
La Habana, 2004.

**15.- A partir de aquel contacto tuyo con la familia Gutiérrez Menoyo, la Seguridad del Estado te sembró a un agente al que siempre consideramos un amigo, un hermano, un colega: al traidor de Raúl Capote. Alguna que otra vez he recordado cómo me hizo la anécdota de su presentación a Patricia Gutiérrez Menoyo, y noté que fue como una imposición, como una orden que debía cumplir, así que vigiló el momento en que ella se paseaba por los pabellones expositivos de la Feria del Libro de La Cabaña, y él se le paró enfrente, extendió la mano, se presentó como escritor y, sin invitación, aprovechándose de la actitud confiada y abierta de Patricia, se sumó al convite que la acompañaba. Otros escritores lo intentaron también, posiblemente cumplimentando la misma "misión", y sé que algunos casi te quisieron obligar a que se la presentaras. Como no lo lograron en Cuba, recuerdo que en la Feria del Libro de Guadalajara, en México, te vigilaban en el lobby del hotel para interceptarla en el elevador. Lo cierto es que en ese tiempo, cuando eras un apestado social, Capote era el único que se atrevía a visitarte casi cada semana. Imagino que escuchar que era el agente "Daniel" te desilusionaría y, al menos yo, no he leído nada tuyo al respecto de esa desilusión. ¿Ese silencio es una respuesta a tu dolor por el supuesto hermano Capote que nos espiaba?**

Es cierto, no he hablado de eso porque duele. Mi esposa Berta, que conoció a Raúl Capote muchos años después de que yo lo conociera, siempre me dijo que no le gustaba, que no era mi amigo, que tenía la sospecha de que me espiaba. Y ciertamente, cuando Eloy Gutiérrez Menoyo comenzó a ser presencia cotidiana en mi casa, Raúl Capote también lo fue. Lo curioso fue que Berta un día me dijo: "¿te has fijado que siempre que Eloy viene, horas después, o al día siguiente, viene Raúl?", y sólo entonces noté que era cierto y que, además, siempre Eloy y sus ideas de fundar en Cuba cédulas de Cambio cubano eran un interés marcado en las preguntas de Raúl Capote.

Yo, al enterarme por las noticias de que Raúl era el agente "Daniel" de la Seguridad del Estado, me sentí dolido, no porque trabajara para la Seguridad del Estado, sino por el daño que nos hizo a sus amigos. Él sabe claramente que jamás conspiré con nadie contra Cuba, que jamás me uní a ningún disidente ni a ningún partido político, que jamás acepte contubernios con embajadas extranjeras (aunque él



Ángel Santiesteban, Amir Valle y Raúl Antonio Capote, como jurados del Premio de Narrativa Vital, de Pinar del Río, 2004.

mismo me invitara un par de veces a reuniones en la Sección de Intereses de Estados Unidos, a las que dije que no iba, y no fui), y él sabía bien que mi única disidencia eran mis ideas críticas sobre el modo en que Fidel gobernaba y la depauperación económica, política y moral en la que el mal gobierno de los Castro había hundido a Cuba. Durante años enteros pasamos horas hablando sobre ese tema y, repito, esas conversaciones tuvieron lugar mucho antes de que él decidiera trabajar como agente encubierto. La única vez que me menciona en sus muchas intervenciones luego de que anunciaran que era el agente “Daniel” es durante una entrevista en la que habla de Cienfuegos donde dice que “conocí allí al primer Amir”, como si él no supiera perfectamente que siempre, desde mucho antes de conocerlo, ya yo era el mismo Amir inconforme, crítico, bocón, aunque aún tuviera la ingenuidad de creer que podíamos cambiar las cosas desde dentro de las instituciones oficiales.

No he hablado nunca de Raúl Capote, porque lo quise como a un hermano, porque fue el testigo que escogí para mi primera boda, porque siento por su madre un cariño real que sé es recíproco, porque compartimos muchas veces el hambre, los sueños y los sinsabores de la dura vida que ambos llevamos, en Cienfuegos durante dos años y en La Habana durante casi diez años. Dejando a un lado que algunos amigos, tú entre ellos, Dagoberto Valdés sobre todo, fueron dañados personalmente por su trabajo como agente, a pesar de toda la ayuda que le prestaron, incluso en el plano familiar y de la salud de sus hijos, si algo pudiera criticarle a Raúl Capote, y no lo hago pues es un asunto que sólo incumbe a él y a su conciencia, es que a veces me pregunto si muchas cosas bastante feas que sufrió mi familia en ese tiempo de exclusión social pudieran deberse también a sus informes. Respeto su derecho a defender a un sistema que él mismo, mucho antes de ser agente, llamaba “dictadura”, palabra que yo no solía usar entonces, e imagino que por su posición hacia mí él también respete mi derecho a seguir siendo alguien que se opone al gobierno que él defiende.

**16.- En una Feria del Libro de La Cabaña, quizás la última en la que participamos, recuerdo que estábamos ubicados en la entrada angosta de un pabellón expositivo y, quien en ese entonces fungía como Ministro de Cultura, Abel Prieto, hoy asesor del Presidente Raúl Castro, se acercó, hizo entrada y le extendió la mano a alguien que estaba antes que yo, luego me saludó a mí (aún no había abierto el blog de “Los hijos que nadie quiso”) pero, cuando te miró, cambió la expresión afable de su rostro, como si hubiera localizado un peligro, e ipso facto se mostró hosco y huraño, y ocultó su mano para evitar el saludo. Sin embargo, continuó haciéndolo con los que se encontraban después de ti. Aquel gesto me impactó, me hizo recordar la vez en que no dejaron entrar y expulsaron a Antonio José Ponte de aquella reunión en el Palacio del Segundo Cabo, con escritores de la UNEAC, institución de la que él formaba parte.**

Hay otra anécdota también curiosa: cuando el escritor Alberto Garrandés decidió oponerse a las censuras que intentaron que asumiera mientras estuvo al frente de la redacción de narrativa de la editorial Letras Cubanas (se opuso a que mi cuento se eliminara de la antología *Aire de luz*, de los cien años del cuento cubano que él había preparado y se puso a mi lado cuando varios censores oficiales del Instituto quisieron mutilar mi libro de cuentos “Manuscritos del muerto”, entre otras muchas cosas muy dignas que hizo a favor de otros colegas escritores), nos encontramos en la segunda planta del Palacio del Segundo Cabo y comenzamos a conversar. Desde esos balcones interiores, como sabes, se ve la entrada al Palacio y el patio interior, y vimos que Abel entraba, pues ese día había una reunión allí. Cuando subió las escaleras y pasó junto a nosotros, tampoco me saludó, pero Garrandés, sonriéndole irónicamente, le dijo: “Abel, apuesto a que cuando nos viste juntos pensaste: Dios los cría...”, y Abel, moviendo la cabeza, intentando esquivar el golpe con una pose de ironía teatral, respondió: “y el Diablo los junta..., pero no, querido Garrandés, esta vez te equivocaste”. Y siguió, cabizbajo, aún sacudiendo negativamente la cabeza, hacia la oficina de la Presidencia.

**17.- Háblame de tu pésima relación con Abel Prieto, primero como Presidente de la UNEAC y, luego, como Ministro de Cultura.**

Recuerdo que, cuando yo trabajaba en la Dirección de Literatura, en una de las reuniones que tuvimos con Abel, salió el caso de Rolando Sánchez Mejías, fundador del grupo Diáspora(s). Abel nos hizo el cuento, con cara supuestamente dolida, de que él había intentado ayudar a Rolando en sus momentos de “apestado”



y que Rolando le había mordido la mano. La misma cara dolida se la vi una vez, poco después, cuando nos contó las supuestas acciones que él hizo a favor de Carlos Victoria años antes... Los malos, siempre, eran los otros; él era "el ángel peludo" que había intentado hacer el bien desde el poder y había sido magullado por intentar ayudar a esos otros espíritus malgradecidos. Y como yo conocía esa táctica suya, cuando comenzó sus ataques en mi contra (como aquella vez que en una reunión nacional con todos los directores provinciales de Cultura les dijo que no podía contratarse, ni publicarse, ni invitarse a eventos, simplemente porque yo andaba trabajando para Patricia Gutiérrez Menoyo y "de esa señora no sabemos qué esperar") decidí dejarlo todo en papel, y entregué a muchos colegas y amigos escritores cada una de las cartas que les envié a él y a otros funcionarios, aclarando mis posturas (muchas de ellas aún cargadas de ingenuidad porque seguía creyendo que lo que fallaba era el ser humano y no ese engendro llamado Revolución). Mi problema con Abel es que él no ha podido demostrar ni una vez que conmigo actuó limpiamente, como tampoco podrá demostrar que ha actuado limpiamente contigo, a pesar de que ustedes sí tuvieron una relación mucho más cercana.

**18.- ¿Intentaste contactarlo alguna vez cuando no se te permitió la entrada al país, dado que es el responsable directo de cada injusticia que se cometen contra los artistas y, por ende, lo convierte en cómplice directo de los desmanes del régimen totalitario contra los intelectuales?**

Obvio, ahí están las cartas. Las envié yo vía correo electrónico a la UNEAC y mi padre entregó copias en Cuba. Y no sólo a él: al "difunto" Carlos Lage, al "difunto" Felipe Pérez Roque, al Departamento de Cultura del Comité Central, pues mi padre, que es miembro del Partido Comunista, insistió en que utilizara esos canales, confiando en que alguien le daría una respuesta. Jamás Abel me respondió ni una sola línea. Y a mi padre tampoco le respondieron. Sé que esa "no respuesta" fue un golpe moral muy contundente para él, un genuino revolucionario.

**19.- ¿Qué le dirías a los que, como yo, le temen a la emigración, al desarraigo o a la pérdida de pertenencia obligada que impone el destierro?**



Amir Valle, en una lectura-homenaje a su obra. Instituto Iberoamericano de Berlín.

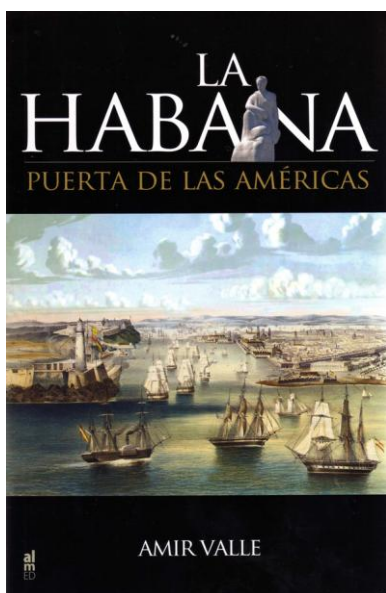
Que hay que romper ese tabú. El destierro es también enriquecimiento y, para un escritor, para un artista, para un creador, es una oportunidad única de probarse en un escenario más abierto y menos complaciente que el de su tierra natal. Además, y es importante que se diga, ese asunto del desarraigo, de la pérdida de contacto con las raíces, ha sido un mecanismo de control utilizado por los comisarios culturales para que nuestros colegas creen que salir de la isla es morir, que si te vas de Cuba mueres como creador. Si no bastara el ejemplo de Miami y de Estados Unidos, donde cientos de escritores, artistas, intelectuales cubanos han desarrollado carreras importantes ya no sólo para Cuba, sino también en el ámbito internacional, un salto a España, a Canadá, a Italia o aquí, a Alemania, bastaría para echar por tierra esa creencia. Si vas a ser escritor, si vas a ser artista, lo serás en Cuba, aupado por las instituciones que el régimen ha creado para ello, o lo serás en medio del desierto. Y hoy eso es aún más fácil, gracias a la comunicabilidad que ofrecen las tecnologías.

**20.- ¿Qué añoras de Cuba?**

La Cuba que viví ya no existe; cada día es un recuerdo personal más difuso que intenta sobrevivir en esa otra Cuba que existe allá, en la isla. Incluso tú, tras las rejas donde te han encerrado, encontrarás al salir una Cuba distinta que, en muchos sentidos, no será ya la tuya. Vivo enamorado de Berlín, la ciudad más cultural de Europa en estos mismos momentos; una ciudad tolerante y de una multiculturalidad asombrosa. Agradezco a Dios que me haya puesto aquí, pues he podido vivir una experiencia única, como te dije en la pregunta anterior, de enriquecimiento. He visto traducidos ocho de mis libros al alemán, sin que nadie me

condicione ni una palabra por razones ideológicas o políticas. Hace unos meses supe que se había derrumbado el edificio donde viví en Centro Habana: Arbos; un año antes, la casa de mis padres fue declarada en peligro de derrumbe y ahora viven en una casa que no conozco. Para colmo, como bien sabes, de nuestra generación ya pocos quedan en Cuba. Si, además, he comprobado que la cultura, otro de mis espacios vitales en la isla, es hoy un páramo enrarecido, una ciénaga llena de miedos, vacilaciones y oportunismos, se comprenderá que bien poco extraño de allá. En puridad, tengo hoy más amigos cubanos en Miami y en España que en Cuba. Así que, aunque suene pedante, de Cuba sólo extraño las conversaciones diarias con mis padres, la complicidad hermosa que siempre tuve con Nelton Pérez, Pablo Vargas, Enmanuel Castells, Rafael Vilches, Alberto Garrido, tú, y, aún cuando parezca más pedante, las aguas cálidas de nuestras playas.

**21.- ¿Cuáles recuerdos, gratos o tristes, se te resisten a ser olvidados? Me consta tu éxito como escritor, y tu imposibilidad para divorciarte de la realidad cubana; sobre todo, de tus amigos colegas que sufren saña por el gobierno..., pienso en Rafael Vilches, Francis Sánchez, en mí mismo.**



Es que no he olvidado nada, querido Ángel: todo permanece en mi memoria. He escrito incluso un libro sobre La Habana que estando en Cuba jamás habría escrito. Por eso digo que hay una Cuba que viaja conmigo a todas partes, una isla personal de recuerdos, olores, sensaciones, palabras que escuché o dije, historias vividas o entresacadas de las vidas ajenas. Quizás sea eso lo que me permita seguir viendo con los ojos del afecto incluso a antiguos colegas, a quienes una vez consideré hermanos, que por oportunismo o cobardía se han convertido en seres grises de la cultura, en fantoches que se jactan de una gloria realmente ridícula de tan provinciana, y tal vez el hecho de que sigan viviendo con su pureza original en esa ínsula que cargo en mi mente me haga resistirme a la idea de creer que son ciertas algunas historias que me llegan desde Cuba, en las que ellos son verdugos conscientes de otros colegas. Sólo así logro que el odio y la rabia no me hieran cuando escucho las cosas que algunos de esos colega-amigos (para utilizar un término acuñado por el querido amigo Waldo González López) han hecho sufrir a Vilches, Francis, a ti mismo; sólo así he logrado que no se me envenenara el alma cuando hace unos años supe lo que otros colegas

(algunos nombres de los victimarios coinciden) le hicieron a Luis Felipe Rojas Rosabal y a Michael H. Miranda, por mencionar sólo a dos amigos, de la generación que sigue a la mía. Lo único de Cuba a que le hago resistencia es a caer en la contradicción existencial de estar viviendo acá, libre, y dejar que haga mella en mí el plan macabro de odios que la dictadura preparó desde el inicio para dividir y envenenar a los intelectuales.

**22.- ¿Qué te impide, como emigrante, ejercer esa distancia que otros intelectuales han usado como estrategia contra el dolor de la añoranza, como Gastón Baquero, Cabrera Infante, Reinaldo Arenas, entre tantos otros?**

Precisamente no considerarme un emigrante. Hace muchos años, aún viviendo en Cuba, cuando empecé a viajar a Europa, descubrí que el estado natural de un artista, de un intelectual, de un creador, de un escritor en nuestro caso, es viajar, alimentarse del mundo, confrontar cara a cara todo ese mar de culturas que existe. Mis amigos escritores latinoamericanos estudiaban sus carreras en España, Francia, Italia, Alemania, y regresaban a eventos literarios a sus países de origen; publicaban en editoriales extranjeras, pero presentaban esos libros acá y allá, en sus países; limpiaban platos o hacían articulismo de urgencia para comer en Europa, pero regresaban a su país y escribían historias geniales a partir de esas experiencias, y los más afortunados tenían una casa en Europa y otra en su tierra. Conversar con ellos era ya un viaje, y eso me hizo sentir envidia: ¿por qué yo, como cubano, no podía hacer lo mismo?, ¿por qué el gobierno de mi país se arrogaba el derecho de quitarme incluso la posibilidad de fracasar y tener que dormir en una estación de Metro o en un parque? Cuando me desterraron, contrario a lo que pensaron muchos allá en Cuba, me hacían un regalo: me permitieron cumplir un viejo sueño, el de ser un ciudadano del mundo. Y, lo más curioso, es que me atrevo a decir que hoy conozco mucho mejor a mi país que cuando vivía allá y, en materia

informativa y de experiencias universales de vida, andaba como un caballo con orejeras por las calles de La Habana. Descubrí además que los cubanos arrastramos a todas partes, con estridente grandilocuencia, nuestra supuesta condición de “elegidos”, cuando en realidad somos un paisito tímidamente convulso en medio de un planeta ahogado por las convulsiones horribles de otros países en verdad más importantes, con más historia, más cultura y más impacto en el desarrollo de eso que llamamos Humanidad. Poder comparar, poder intentar que mis sueños se cumplan, tener libertad y multiplicidad de información, y valorar sin nacionalismos ni ideologías impuestas lo que en verdad representa nuestro país para este mundo en que vivimos, me ha permitido justamente sentirme más cubano, sin dejar de ser ese ciudadano universal que siempre anhelé ser.

### **23.- Aprovechando esta supuesta apertura por las conversaciones entre los Estados Unidos, la Unión Europea y Cuba, ¿tienes pensado visitar la isla?**

No me interesa. Durante tres años, entre 2006 y 2009, en la prensa internacional y en foros en todo el mundo al que fui invitado, estuve exigiendo mi derecho a entrar y salir de mi país cuando yo lo decidiera, sin pedir permisos a nadie. Jamás recibí respuesta. Mi posición en este caso, más que a la tozudez (como dicen algunos amigos) responde a la ética: Cuba no es la casa de Fidel, Raúl y los neocastristas que ya han preparado para que hereden el poder; Cuba no es el feudo personal de ninguno de ellos. Cuba pertenece a los cubanos, incluidos esos más de 2 millones desperdigados por todo el mundo. Con mi pasaporte alemán, cuando quiero viajar, sólo tengo que pagar la visa en aquellos pocos países que le piden visado a un ciudadano alemán. Diversos funcionarios de la diplomacia cubana me han dicho que estoy en una lista negra de “cubanos que han perdido su derecho a entrar a la isla”. Honor que me hacen. En dos ocasiones me han enviado a diplomáticos culturales (antiguos amigos, por cierto) para “sugerirme” que si modero mis críticas “se valorará” si puedo entrar a Cuba alguna vez. Los mandé literalmente al carajo. Viajaré a Cuba el día en que no tenga que pedir ningún bochornoso permiso ni entrar en negociaciones para hacer valer un derecho universal que me ha sido violado desde que nací y hasta hoy.

### **24.- ¿Temes represalias una vez dentro, por tu transparente rechazo a la dictadura?**

No las temo; pero tampoco las descarto. Mi actual empeño como periodista y escritor es desnudar ante los ojos del mundo la estructura de poder que han elaborado en estos años de Raulismo para colocar en puestos de relevancia económica, financiera, política y militar a sus herederos en esa nueva era que llamo “Neocastrismo capitalista”. Para poner un ejemplo bastante personal, me asquea que mientras mis padres, dos seres que dieron su vida entera por esa Revolución, malviven en una casa en Centro Habana, el hijito lindo del sinvergüenza de Fidel, Antonio Castro Soto del Valle, ande por Turquía en un yate de lujo, alquilando habitaciones de mil dólares la noche para él y sus acompañantes con sus respectivas mujeres y amantes de turno.



El yate de 50 metros que alquiló el hijo de Fidel para llegar a Turquía y vacacionar en una de las zonas más caras, con sus amigos, guardaespaldas y amantes. En la foto es quien aparece con gafas y pullover oscuro.

Espero que esta era de conexión que cada vez más llega a la isla, le permita a los cubanos descubrir que esos mismos que se pasan el día pidiendo austeridad y sacrificios tienen a todas sus parentelas vacacionando por el mundo en turismo de lujo, estudiando en las mejores universidades norteamericanas y europeas (acá

mismo, en Alemania, han estudiado y estudian algunos), comprando sus ropas en esas mismas tiendas exclusivas de Nueva York o París que el descarado de Ricardo Alarcón de Quesada dijo a los cubanos que estaban prohibidas a los pobres en estas tierras “capitalistas”, y el colmo, cuando se enferman, atendiéndolos en clínicas privadas internacionales de países con alto desarrollo médico, a pesar de que la propaganda que hacen pone a Cuba como una potencia médica mundial. Llevo varios años cazando esas pistas junto a otros periodistas alemanes, franceses y norteamericanos y espero que alguna vez, pronto, todo ese mundo de información se concrete en un libro. Mientras tanto, seguiré alertando sobre esa estrategia. Es obvio entonces que tanto los viejos como los nuevos represores, me tengan en su mira si decidiera transar con mi sentido ético y entrar a Cuba en las condiciones actuales.

**25.- Amir, aun cuando sabemos de los límites que te impones para no ser un político, y sí alguien que opina sobre política, y conociendo sobre todo tus llamados a que la oposición en Cuba aúne esfuerzos y confraternice, ¿qué opinión guardas sobre la disidencia cubana?**

Lo he dicho en otros foros y entrevistas: que está muy dividida. Pero esa división parece ser una tara nacional. No puede uno olvidar que uno de los males más presentes en las Guerras de Independencia en siglos pasados fue precisamente el caudillismo. Creo, sobre todo, que los cubanos debemos librarnos de una vez de la idea de que una sociedad necesita un caudillo, un líder, una especie de Mesías que conduzca a la masa. Debemos aprender que un líder político debe ser, ante todo, un portavoz del pueblo, un ejecutor de los deseos que pluralmente y con democracia el pueblo tenga. Los cubanos debemos aprender de una vez que existen instituciones y poderes que en una democracia funcionan independientemente de lo que piense el líder de turno o el poder político de turno. La historia oficial impuesta por Fidel Castro nos contaba de una “seudorepública” de líderes corruptos que decían hablar a nombre del pueblo (hablando desde la democracia), y achacó a eso todos los males que existían en el país. La mayoría creímos y aceptamos esa versión, estuvimos de acuerdo en que la Revolución había sido necesaria para acabar con ese estado de cosas, y sin embargo luego de 54 años de vivir oyendo a un líder, de un único partido, el comunista, que dice hablar a nombre del pueblo (hablando desde el totalitarismo) la mayoría de los cubanos manifiestan una conformidad o una apatía política alucinante. Tiemblo cuando, en foros políticos o artículos o eventos universitarios sobre el tema Cuba, sigo escuchando la tesis de que Cuba necesitará siempre a un caudillo: eso habla de una indigencia política preocupante. Y por eso lo he dicho muchas veces: no necesitamos por separado a un Rodiles, ni a una Yoanis, ni a un José Daniel Ferrer, ni a un Antúnez, ni a un Oscar Elías Biscet, ni a una Berta Soler, ni a un Eliecer Ávila, ni a nadie que mañana surja en el espectro político de la isla. Y ojo: valoro profundamente sus aportes como líderes de sectores de nuestra oposición, pero mientras sigan actuando separadamente, mientras sigan desconociendo que deben unirse en las esencias de su ideario, mientras no reaccionen ante la represión como partes bien conectadas de un todo, seguirán llevando las de perder en la desigual lucha ante una dictadura que los estudia muy bien y, lo peor, seguirán desgastándose en controversias, divisiones y luchas internas que harán que el pueblo termine de perder la poca confianza que les tiene. Y lo más desalentador es que, ahora que el gobierno de Raúl ha logrado el espaldarazo cómplice incluso de sus tradicionales enemigos “capitalistas”, mientras más sigan divididos, mientras más se dediquen a viajar contándole al mundo algo que el mundo ya sabe desde hace tiempo y no se concentren en establecer plataformas de trabajo dirigidas a conseguir un apoyo popular efectivo, real, le estaremos concediendo un tiempo precioso a esos estrategas que tan inteligentemente ya han preparado el terreno, a nivel nacional e internacional, para la transición del castrismo al neocastrismo. En las últimas semanas se ha visto algo de ese espíritu de unidad entre los grupos de la oposición. Es una esperanza.

**26.- ¿Crees que la estrategia del presidente Obama abrirá definitivamente el camino de libertad y democracia para los cubanos?**

Hay una premisa del desarrollo de las sociedades que Fidel Castro conocía muy bien: la economía define la sociedad y establece, cambia, modifica o destruye sus estructuras. Por eso siempre se opuso a que los cubanos tuviéramos siquiera un mínimo de poder económico. El apoderamiento económico que vive hoy, lenta pero crecientemente, la sociedad cubana, ya está propiciando cambios muy fuertes en el pensamiento social de la población, eso sucederá aún más profundamente y, con el paso del tiempo, afectará la estructura ideológica y política. Raúl Castro y (para decirlo al modo de Juana Bacallao) “sus secuaces” lo saben

perfectamente, así que espero que nadie se asombre de que, llegado el momento de un cambio o salto económico, veamos en puestos de poder de las grandes empresas, grupos financieros nacionales, sectores vitales de la economía, y otras áreas determinantes del desarrollo y la riqueza nacional a los herederos sanguíneos de esa nomenclatura de “líderes históricos”. Es una jugada cantada.

## **27.- ¿Te atreverías a emitir un pronóstico sobre lo que a tu parecer ocurrirá en los próximos años en la política cubana?**

Prefiero no hacerlo. Amigos comunes dicen que cada vez que abro la boca para hacer un análisis de este tipo, lo que digo sucede, como si fuera un oráculo en vez de un analista político (suele olvidarse que soy periodista de carrera y profesión, y que mis especialidades son la política latinoamericana y del Medio Oriente). Como recuerdas, todo esto que está sucediendo ahora mismo en Cuba, incluido estos asuntos de la disidencia, pactos internacionales nuevos, ruptura de conveniencia con los viejos amigos de la izquierda (ETA y compañía), aparece en mi novela *Las palabras y los muertos*, que terminé de escribir en 2005 y se publicó justo en 2006, semanas después de que Raúl asumiera el poder. Y en el 2006, a pocos días de que Fidel cediera el poder a su hermano, concedí una entrevista donde el periodista me dijo que era yo demasiado pesimista porque dije que con Raúl la política se convertiría en un hecho más pragmático y menos ideologizado que con Fidel; que poco a poco se iría cayendo en una represión más abierta, a medida que las nuevas generaciones del poder fueran asumiendo; que, al igual que ha pasado con otras dictaduras sangrientas, el mundo “civilizado” pactaría con los nuevos dictadores solapados que vendrían, y que una transición real a la democracia sólo ocurriría a partir de los 20 o 25 años luego de la toma de poder de Raúl Castro. Pronto harán ya diez años de ese “mi pronóstico pesimista”. Y hasta ahora, paso a paso, lo que dije se ha ido cumpliendo. Y créeme, quisiera equivocarme y que mañana me despierte con la noticia de un verdadero cambio democrático en nuestro país. Pero nada de lo que veo me hace pensar que eso será posible.

## **28.- ¿Qué deseas para la Cuba que sueñas?**

Una Cuba que no se parezca a la granja de George Orwell, donde la gente no viva bajo ese inmenso ojo invisible que controla sus vidas en la novela *1984*, también de Orwell, supuestamente en aras de construir una sociedad más justa. Una Cuba donde la diferencia ideológica y de pensamiento con respecto al rumbo, los métodos y quiénes deben lograr un país mejor no sean estigmas que te lancen a la cárcel, a la tumba, a la panza de los tiburones o al destierro. Con eso ya me bastaría, porque mi vida de desterrado me ha permitido comprobar que no existe ninguna sociedad perfecta, que incluso en sociedades supuestamente democráticas hay dictaduras sutiles que atan las manos y las bocas de las personas. Por eso, resumiendo, la Cuba que deseo sería una donde “dictadura”, “totalitarismo”, “caudillismo”, “fascismo” sean palabras que, si existen en el diccionario, sean sólo como un recordatorio de pasados tiempos muy oscuros que no deben repetirse.

**29.- Hoy podemos decir que desde que te viste obligado a radicarte en Alemania, te has ido convirtiendo en algo parecido al paño de lágrimas de los escritores cubanos. Sé de muchos, hasta oficialistas (sea por cinismo cultural o beneficios personales, pero oficialismo al fin), que te escriben con respeto y, de alguna manera, también aprovechan para descargar sus angustias. Una vez que me condenaron, aceptaste ser mi representante literario; sé que luego otros te han pedido que le hagas la misma labor. Lo que comenzó siendo un acto solidario, de hermandad, dada las circunstancias adversas de promoción internacional para quienes permanecemos dentro de la isla, puede convertirte en un Representante Literario profesional. ¿Estás dispuesto a asumirlo?**

Hasta hace poco menos de un año estuve representado por una de las tres agencias literarias más poderosas del mundo para autores de habla española. Fue una experiencia frustrante, pero enriquecedora. Aprendí una

lección. Los escritores, todos, sin distinción, creemos que nuestras obras son geniales y se venderán como pan caliente; creemos que el mundo está lleno de editores que esperan desesperados por nuestras obras y, cuando nuestras obras no se publican o no se venden lo suficiente, le cargamos la culpa a los agentes o a los editores. El mercado del libro era ya complejísimo antes de que llegara esta era de las nuevas tecnologías, las autoediciones y otros adelantos técnicos en el universo editorial y comercial del libro, pero hoy es aún más enrevesado, más complejo, más escabroso para lograr ese mínimo triunfo que es vender un libro. Si le sumas la piratería, y el desastre de calidad en materia literaria y de calidad que han significado las autoediciones, el escenario es aún más caótico e indescifrable. Y si además, le agregas a eso que hoy la inmensa mayoría de las editoriales no quieren pagar anticipos, como solían hacer años atrás, todo aún empeora. Como bien sabes, yo he tenido la suerte de publicar en grandes editoriales: Planeta, Seix Barral, Ediciones B, Aguilar-Santillana, Metailié, Grijalbo, pero incluso así jamás logré entender cómo costaba que algunos de mis libros se publicaran y mucho menos entendía por qué no se vendían, a pesar de toda la promoción y de la excelente distribución que tuvieron algunos. Sin embargo, otros libros que pensé tendrían pocos lectores me dieron de comer suficiente por varios años. Y hoy ese es un fenómeno que le sucede incluso a esos escritores de mucho renombre que supuestamente deben vender centenares de miles de copias. Hace poco, uno de los más vendidos escritores latinoamericanos confesó en un evento que compartíamos, que sus dos últimas novelas apenas habían sobrepasado los cinco mil ejemplares vendidos... ¡¡¡en toda Latinoamérica, mercado hispano en Estados Unidos y España!!! Esa complejidad nunca podrá ser entendida por un escritor y a estas alturas de mi vida no estoy dispuesto a cargar con mal entendidos por el ego desorbitado de nadie. Por eso no pienso asumir esa tarea aunque me siento orgulloso de decir que he recibido tantas solicitudes que podría tener la agencia más grande de escritores cubanos, todos ellos de primer nivel. Hoy represento legalmente a algunos de mis amigos de la isla, tú entre ellos, esos con quienes me puedo sentar cara a cara y explicarles con calma y en detalles todo esto, sabiendo que comprenderán.

**30.- Sé de muchos proyectos culturales que enfrentas, dada esa capacidad de trabajo en ti, que ejerces con una voluntariedad, disciplina y rigor que va más allá de lo humano, además de ocuparte de tu familia, la literatura, tu labor como periodista... Me gustaría que me comentaras al respecto, pues los buenos cubanos nos alegramos del éxito de los demás. Y perdona, hermano, este abuso de tiempo, pero es que todos necesitamos saber de ti: aunque físicamente no te encuentres dentro de la isla, sí permanece el afecto que te ganaste y ganas, y el respeto por tu obra.**

En una entrevista que me hizo Félix Luis Viera para el sitio Cubaencuentro en el 2012 hice lo que ya hace muchos años me resisto a hacer ante preguntas como estas: hablar de mí. Soy cristiano y creo firmemente que todo lo que he logrado se lo debo a Dios y considero horrendo darme autobombo, como solía hacer en mis primeros años de escritor. Esa vez accedí a hablar de mí porque se trataba de Félix Luis, alguien a quien quiero como un padre y a quien admiro por su aporte a las letras cubanas, y aunque me contuve y no mencioné muchas de las cosas que he logrado desde que salí de Cuba, un par de comentaristas anónimos, que estoy seguro no me conocen, escribieron sobre mí, de modo bastante ofensivo, acusándome de ególatra.

Voy a responder entonces esta pregunta a sabiendas de que seguro saldrá algún tontorrón de nuevo a soltar esa cantinela. Llegué en marzo de 2006 a Alemania con sólo un libro traducido acá desde que vivía en Cuba: *Las puertas de la noche*, y desde entonces he ido publicando otras tres novelas de mi serie negra (*Si Cristo te desnuda*, *Entre el miedo y las sombras* y *Santuario de sombras*), una novela erótica (*La piel y los desnudos*, de la que se han hecho dos ediciones), una novela histórica (*Las palabras y los muertos*) y mi libro *Habana Babilonia o Prostitutas en Cuba*. La traducción de *Las palabras y los muertos* estuvo compitiendo por la mejor traducción a la obra de un autor extranjero el año en que se publicó; me han incluido en varias antologías del cuento escrito por autores extranjeros residentes en Alemania; escribo usualmente para las más importantes publicaciones culturales acá y me paso la vida viajando por universidades e instituciones culturales del país dando conferencias, cursos, presentando mis libros; soy colaborador habitual de la Deutsche Welle, la agencia de noticias más importante en Alemania, e imparto clases de lengua española y cultura latinoamericana en el Instituto del Ministerio de Relaciones Exteriores de Alemania...

Próximamente sale otra de mis novelas: *No hay hormigas en la nieve*, que cuenta cinco historias de cubanos que han estado viviendo en Berlín, empezando por el mítico violinista negro Brindis de Salas. Eso sólo en el

ámbito alemán. En Cuba, las autoridades oficiales no divulgan nunca ninguno de los muchos éxitos de los creadores cubanos que residimos fuera. Pero en mi caso, ni así han logrado aplastar la fidelidad de aquellos miles de lectores que gané con *Habana Babilonia*, pues hace unos meses leí un artículo de un periodista cubano residente en la isla que me ubicaba entre los tres escritores cubanos más perseguidos por los lectores en la isla, después de Leonardo Padura y de Pedro Juan Gutiérrez, quienes aún viven allá. También hace unos días me sentí muy halagado cuando Padura me menciona como uno de los tres autores cubanos que, en su opinión, devolvieron la vida a la literatura cubana, y es aún más honor para mí que me coloque a la altura de ese gran amigo y aún mejor escritor que es Abilio Estévez y junto al poeta Víctor Rodríguez Núñez. Menciono esto ahora porque sé que algunos colegas y lectores piensan que me quedé en *Habana Babilonia*. Repito, como le dije a Félix Luis en su entrevista, que aunque suene autosuficiente, hay hechos que el silenciamiento oficial no logrará jamás ocultar: por sólo citar un par de los premios que he recibido, menciono al Premio Internacional Rodolfo Walsh al mejor libro de no ficción publicado en lengua española en el 2007 otorgado a mi libro *Jineteras* (*Habana Babilonia* en la edición de Planeta) y el Premio Internacional de Novela Mario Vargas Llosa 2006 obtenido con mi novela *Las palabras y los muertos*.



Amir Valle, con algunos de sus libros publicados desde 2005 hasta hoy.

Para quienes no creen en los premios, ahí está lo que he hecho desde que me desterraron: he publicado once novelas, dos libros de testimonios, un libro de cuentos y una historia novelada sobre La Habana en grandes editoriales Planeta, Seix Barral, Ediciones B, Aguilar-Santillana, Grijalbo, Almuzara, Metailié en Francia, para mencionar sólo a las más conocidas; he preparado cinco antologías del cuento cubano y latinoamericano para editoriales de América Latina, España, Estados Unidos y Eslovaquia; he logrado mantener desde el 2007 una publicación: *OtroLunes* – Revista Hispanoamericana de Cultura, para orgullo de nuestro equipo, considerada hoy una de las tres revistas más consultadas sobre el tema en lengua española, con 37 números editados y la colaboración

de los más importantes escritores españoles y latinoamericanos. Mis novelas y cuentos han sido traducidos desde entonces a siete idiomas; mi obra novelística es tema de diplomas y doctorados en una decena de universidades de todo el mundo, incluidas las míticas Sorbona o Princeton; un grupo de profesores universitarios europeos está preparando una especie de Valoración múltiple sobre mi obra cuentística, novelística y testimonial; se filma en estos momentos un documental sobre mi vida; ya estamos dando los toques finales para comenzar a filmar en marzo de 2016 una película basada en uno de mis libros más recientes, la biografía novelada sobre el mártir panameño Hugo Spadafora; como periodista especializado en temas latinoamericanos y del Medio Oriente escribo usualmente, ya lo dije, para la más importante agencia de prensa alemana, la Deutsche Welle, y tengo columnas y colaboraciones habituales en más de cinco periódicos en América Latina, España, Alemania, Austria y algunos otros países de Europa... Finalmente, para concretar algunos proyectos culturales que tenía en mente, fundé AV Kreativhaus UG., un sueño mayor del cual por ahora prefiero no hablar. Sería un malagradecido si me quejo. Y..., ¡¡¡horror!!!, ahora que releo todo lo anterior, sí, suena horriblemente ególatra todo lo que he escrito aquí.

### **31- Si ahora te brindaran la oportunidad de revertir el tiempo y volver atrás tu realidad actual, ¿qué cambiarías?**

Tú y quienes me conocen, saben que he vivido intensamente; que he sido siempre una bestia de trabajo; que he logrado casi todo lo que me he propuesto; que he aceptado todos los retos que la vida (e incluso algunos cabrones o algunas cabronas situaciones) me ha puesto. Miro mi vida hasta hoy y creo que no cambiaría ni una coma de esos hechos que la conforman, pues uno de mis dones (dicen ustedes, mis amigos) es una capacidad a veces sobrehumana de aprender incluso de los errores (los míos y esos errores de quienes me rodean y aprecio). Aún así, algo sí cambiaría, si pudiera hacerlo: entraría a los caminos de Jesús, mi Señor y Salvador, en esos primeros momentos en que gané conciencia de que la vida es un suspiro que Él nos regala antes de entrar a Su Reino para compartir su eternidad..... **Fin**